

FERNANDO GONZÁLEZ

POESIAS
ELEGIDAS

EDICIONES DEL EXCMO. CA-
BILDO INSULAR DE
GRAN CANA-
RIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(*Comisión de Educación y Cultura*)



I

LENGUA Y LITERATURA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

JLG 8026



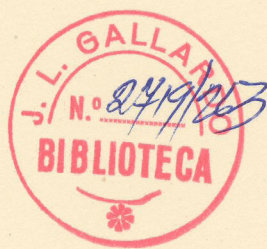
FERNANDO GONZÁLEZ

Canarias 77

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento 83533
N.º Copia 62437

POESIAS ELEGIDAS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
DE
JOAQUÍN ARTILES



1966

Depósito Legal G. C. 174-1966

Lit. Saavedra-La Naval, 225/227-Las Palmas

PRÓLOGO

*Fernando González nació en la ciudad de Telde, en la isla de Gran Canaria, el 4 de enero de 1901. A los 17 años, en 1918, publicaba ya su primer libro de versos, Canciones del alba, y desde dos años antes, en 1916, el escritor canario González Díaz registraba, en el Diario de Las Palmas, "un caso de precocidad y espontaneidad poéticas maravilloso". En la misma fecha, el diario Ecos saludaba con júbilo al poeta mozo, nacido en Telde: "Sea bienvenido este muchacho tan joven, tan triste, que a los dieciséis años de su vida canta la muerte con el mismo afán de ternura con que luego nos habla de su amiga, de su niñez, de sus recuerdos, de su casa, de sus 16 años." El poeta Montiano Placeres, también de Telde, debió guiar sus primeros andares poéticos. Fernando González lo dice en los versos que le dedica con motivo de su muerte:*¹

Siempre amparó su alma generosa a la mía,
A su sombra y consejo creció mi poesía. (O.67)

1) Para las citas de versos se emplean, entre paréntesis y con indicación de página, referida a cada libro en su primera edición, las siguientes siglas: M "Mantiales en la ruta", H "Hogueras en la montaña", R "El reloj sin horas", P "Piedras blancas", O "Ofrendas a la nada".

Por aquellos años la densidad poética de Las Palmas era excepcional. Tomás Morales que, en 1908, había publicado sus Poemas de la gloria, del amor y del mar, preparaba ya la edición del libro segundo de Las rosas de Hércules (1919). Alonso Quesada acaba de publicar El lino de los sueños (1915), con prólogo de Unamuno. Saulo Torón, después de su primera salida con Las monedas de cobre (1919), trabajaba ahora en El Caracol encantado (1926). Luis Doreste, vigilante en París, tenía ya escritas Las moradas de amor. Fernando González, más joven que ninguno, casi un niño, inquietaba a todos con su tempranía lírica.

En 1921, el mismo año de la muerte de Tomás Morales, comienza Fernando González los estudios de Filosofía y Letras en La Laguna, continuados después en Sevilla y en la Universidad Central. En 1923 publicaba en Madrid su segundo libro, Manantiales en la ruta. Fernando González, estudiante todavía, es ya un poeta a escala nacional. Díez-Canedo, en El Sol de Madrid, le asigna entonces, con pleno derecho, "un lugar entre los buenos poetas de ahora", y Azorín, que le llama "exquisito poeta", le dedica en el ABC una larga glosa que habla del "sentido profundo y delicado de la melancolía", de "evocaciones de un pasado íntimo" y del "don supremo de la poesía que directamente nace del corazón". Al año siguiente, en 1924, aparece Hogueras en la montaña. Rafael Marquina dijo de este libro: "Todo es hondura cerebral y entrañable, impulso lírico, emoción intelectual". Unos años más tarde, en 1929, se publica El reloj sin

horas. Por aquel entonces trabajaba en las ediciones de clásicos de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, y Esperanza Velázquez Bringa, en un libro publicado por el Ministerio de Educación de México, lo incluía entre los 200 mejores escritores del mundo. En 1930 gana cátedra de Lengua y Literatura Españolas, que ha desempeñado sucesivamente en Tortosa, Logroño, Bilbao, Madrid, Valladolid, Barcelona y Aranjuez. Antes había ejercido la docencia en Vigo y Calatayud. En 1934 publica su quinto libro de versos, Piedras blancas. A raíz de este libro, escribió Ricardo Gullón: "Pocos poetas de esta hora conocen como Fernando González los secretos de su técnica, que nada escatima a la dificultad y al esfuerzo", y Alfredo Marquerie señala en sus versos "una depuración verbal, un ardor y una vibración constantes de inspiración y de vasto aliento". Después de 15 años de silencio, en 1949, da a la estampa su último libro, Ofrendas a la nada.

Ha sido larga y arriesgada la singladura poética de Fernando González. Su lírico bajel ha tenido que bogar por mares muy diversos y contradictorios. Lo difícil era navegar con bandera propia y no estar dispuesto a cambiar de bandera. Nace a la poesía, todavía vigente el Modernismo. Sus primeros versos datan de 1916, fecha de la muerte de Rubén Darío y en la plena apoteosis de Tomás Morales. La polifonía colorista y los ritmos orquestales cautivaron, en un principio, al joven poeta. La influencia de Tomás Morales era evidente. Al publicarse Manantiales en la ruta, Luis Doreste lo decía desde París, en una "tarjeta lírica":

Eco nuevo en el amplio caracol de Tomás...

Hay, evidentemente, en los Manantiales, una buena carga de retórica, de elocuencia, de musicalidad. Hay "revivir de colores", "vendaval de glorias", "clavicordio dormido", "flauta de cristal", "surtidor de trinos", "espléndida oriflama", "mañana de oro", "pájaro de oro", "puertas de auroras", "caracol sonoro" y "revuelo sonoro de cien campanas". Dentro de esta línea, con más o menos rigor, pueden incluirse los poemas "Elegía de los laureles", "La presentida", "En la transmutación del Maestro", "El júbilo de tu llegada" y "El patio de mi casa" con aquellos versos altisonantes:

La grandeza del sol y del mar y del viento,
y el dulzor de la paz, del amor y la miel...

Pero no todo es así en Manantiales en la ruta. Hay también otros poemas con pocas concesiones a la retórica y con mucha vida interior, por donde discurre, mansa y callada, la vena honda del sentimiento. Hay un tono de evocación, casi de confidencia, casi en voz baja, personal y auténtico, que acaso pudiera emparentarse con Antonio Machado, que habla del poeta enfermo, de la casa paterna, de los hermanos tristes y de la última noche del niño enfermo. Hay un arranque de sorprendente madrugada en que el poeta (¡tan joven todavía, pero tan seriamente!) canta ya la desesperanza, la melancolía, la muerte y el cansancio. Y éste es el auténtico Fernando González, austero en el estilo, sosegado en la andadura y profundo en el sentir; que irá perdiendo retórica, mientras gana en hondura; que irá perdiendo aderezos, mientras se aviva

el rescoldo humano de sus versos. Esta temperatura humana es la que mantiene a Fernando González un poco al margen de la generación de 1927, esteticista y minoritaria, aséptica de sentimientos y con fe excesiva en Góngora y en la pura metáfora. (Alberti se burlaba entonces de los poetas que "escribían versos a la novia"). Poco a poco la poesía se iba intelectualizando, insectificando, perdiendo jugo cordial, diseándose como un bello pájaro de museo. La actitud de Fernando González fue la misma de Antonio Machado, cuando escribía: "Me siento algo en desacuerdo con los poetas del día. Ellos propenden a una destemporalización de la lírica, no sólo por desuso de los artificios del ritmo, sino, sobre todo, por el empleo de las imágenes en función más conceptual que emotiva."

Vienen después otros credos poéticos. El neogarcilasismo, que quiere ser menos esteticista y más humano. El surrealismo, que no desdeña los elementos más innobles y busca su inspiración en "revueltos motivos primariamente humanos, surgidos de los abismos del sueño o de los repliegues de la infraconciencia", que dijera Dámaso Alonso. La poesía social, con su griterío inconformista y, a veces, panfletario; poesía de compromiso, de "engagement", poesía de testimonio, pero manca y partidista; poesía de mensaje, que no llega nunca a su destino; que alardea de humana, y que no llega al hombre; destinada al pueblo, pero tremendamente impopular; poesía muchas veces prosaica y desaliñada, sin la "expresión idónea" que echa de menos Alexandre en estos poetas en que el

antiesteticismo ha llegado a sus últimas consecuencias. Ante esta diversidad de rumbos de la "poética" de los últimos 25 años, Fernando González, solitario y sereno, de acuerdo consigo mismo, ha seguido su camino de siempre, tejiendo y destejiendo el mundo interior de su melancolía; más depurado, sí, y más profundo, más sentencioso, más seguro de sí mismo; sin descender a los predios de la infraconciencia y sin otro "engagement" que la belleza. No, la poesía de Fernando González no tenía cabida en la Antología consultada de 1962, ni en la reciente Antología de Leopoldo de Luis, con sus 25 años (1939-1964) de poesía social.

La clave lírica de Fernando González hay que buscarla en el íntimo maridaje de su vida y su obra, de lo sentido y lo cantado. Todo, o casi todo, es vivencia autobiográfica. Hasta lo externo al poeta se "yoiza" y transforma en íntima querencia biológica. Pero esta querencia, esta pasión, está casi siempre trascendida de amargura y nostalgia. La temática más asidua de Fernando González se ajusta bien a este estado de ánimo: el hogar pobre, el hermano ausente, el pueblo lejano, los amigos muertos, el amor no correspondido, la desesperanza, la soledad, la pobreza, el dolor, el olvido, la muerte. Porque todo esto, o es esencialmente triste, tremendamente triste, o el poeta lo traspasa de dulce melancolía. Desde muy temprano entró la melancolía en el alma del poeta:

¡Divina melancolía
más grande que el pensamiento!

Mi corazón era niño
y te dio asilo en su huerto;
él te enseñó a ti a ser niña,
tú le enseñaste a ser viejo... (M.27)

¿De dónde le viene al poeta este pathos que se hace presente, con obstinada tenacidad, por tantas esquinas de sus versos? Unas veces parece proceder de su contorno existencial, de su externa circunstancia, de su lírica solidaridad con el dolor de los demás:

La inmensa melancolía
que flota sobre mi pueblo,
la recogía y encerréla
en la prisión de mis versos.
Y así, por este motivo,
iba cantando, en silencio,
el dolor que otros sentían
en sus almas y en sus cuerpos. (M.27)

*Otras veces parece nacer de vividos desencuentros,
de sueños frustrados, de ilusiones no logradas:*

Las nostalgias mías son,
no de ventura vivida,
sino de muerta ilusión. (O.75)

*Pero la respuesta definitiva habría que buscarla
en la intimidad misma del poeta, en su constitución
anímica, en una esencial propensión a la tristeza. Fer-
nando González lo confiesa una y otra vez:*

Porque yo soy naturalmente triste. (P.30)

Y yo que soy de tristeza
y de recuerdos amargos... (M.37)

Todo es dolor y amargura en el alma del poeta:

Yo tengo el alma llena de rincones de llanto. (P.28)

Las alegrías son transitorias:

Vine cantando alegrías
y me voy llorando penas. (R.13)

Las sonrisas son lágrimas:

Porque en cualquier instante la sonrisa
tiene más amargura que mi llanto... (R.48)

Los ojos están secos de llorar:

Y que, si me quedan ojos,
ni siquiera llorar saben. (O.34)

Y el corazón se ha dormido de tanto sufrir:

Ya no me importa el olvido,
la pena, ni la traición,
pues de tanto que he sufrido,
se me ha quedado dormido
el corazón. (P.116)

*El dolor del poeta es tan real y palmario que se le
hace presente con molesta corporeidad física:*

Otra vez ha venido la amargura,
y se ha sentado junto a la ventana. (M.76)

Y así, corpóreo y enojoso, le acompañará hasta después de la muerte:

Cuando mi carne esté muerta,
¿quién dice que mi dolor
se lo comerá la tierra? (P.106)

El dolor del poeta es inmenso, y crece y crece sin cesar:

Cada día
se hace el dolor más grande
y más corta la vida... (M.128)

El poeta se lo cuenta a Dios en un admirable soliloquio:

¡Señor: rompe el juguete de humana levadura
que soy! Nadie es más triste que yo, como tú sabes;
¡hasta en mis horas buenas es tanta mi amargura
que de mi ser te ausentas, pues dentro de él no cabes!
(P.36)

Y se queja humildemente:

Mi corazón no puede ya con tanta amargura. (P.33)

Pero ¿qué importa el dolor si, de tanto sufrir, se ha hecho inmune al sufrimiento?

Voy de tu mano, dolor,
a donde ya no te sienta...
¡Tu tanta presencia en mí
me hará inmune a tu presencia! (P.13)

*Y el poeta se goza, con impresionantes paradojas,
en el goce del sufrir. Como en la mística de la edad
de oro.*

¡Déjame vivir con pena,
no me desconsueles más...! (R.88)

Que es el desconsuelo mío
sustancia de mi consuelo. (O.30)

porque, sufriendo, sonrío
a la ilusión de gozar...
¡Tal vez no hay cosa tan triste
como la felicidad! (H.78)

*Y es que el dolor, a pesar de todo, es una bendi-
ción, porque a él, definitivamente, le ha hecho bueno:*

¡Y bendice el dolor que llevas dentro,
pues a mí me ha hecho bueno la amargura... (P.63)

*Si la tristeza es el clima lírico, casi constante, de
Fernando González, la muerte es una de sus grandes
obsesiones. El poeta sabe que la lleva viva, dentro de
sí, y de ahí su inquietante congoja:*

pues no hay tristeza más fuerte
que la tristeza escondida
de llevar viva la muerte
en el hondón de la vida...! (O.51)

El poeta sabe que no tiene otro destino que la muerte:

¡Ya sabes que no tienes más razón de ser vivo
sino porque en ti cumpla su voluntad la muerte...! (P.81)

El poeta sabe que la muerte tira de él con fuerza irresistible:

...la sepultura
tira de mí con atracción de sima. (O.17)

El poeta sabe que la muerte le acosa implacable:

La muerte todos los días
está rondando mi casa. (H.24)

El poeta sabe que la muerte le llama, insistente y tenaz:

No me detengáis, que yo
no puedo decir que no
a lo que me está llamando. (O.95)

El poeta oye sus pasos:

Ya se acerca. Percibo su transparente paso... (P.29)

El poeta la ve como "una sombra enorme" que lleva en la mano:

como una media luna siniestra, una guadaña. (M.149)

Y se pone a esperarla, como quien presiente la llamada definitiva de Dios:

Espero oír tu voz: Ya está dispuesta
la barca. Deja el mundo de la mano
y sujeta tus brazos a los remos,
que en mitad de esta noche nos iremos
en busca del incógnito oceano... (R.33)

¡Y en vela estaré en la noche
hasta que llegue la barca
en que he de cruzar el río
del término que no acaba! (R.22)

Al poeta no le importa ya la muerte. Casi que la espera con ansiedad. Pero (¡oh capricho de los poetas!) ¡que no venga "en una noche de hielo", aunque sea noche de luna!

Castilla me ofrece tierra
para abrirme sepultura,
y yo no quiero morir
al aire de esta llanura,
en una noche de hielo
trasverberada de luna! (0.90)

El poeta quiere morir un día de sol, sin niebla y sin frío:

¡Morir bajo el sol, un día
tan bello ¡quién lo tuviera!
y no entre una niebla fría,
como la muerte me espera! (0.26)

Ya no le importa la muerte, porque la muerte es el único descanso; porque, a pesar de la grandeza de su corazón, no ha sido feliz en la vida:

... Sólo muerte es reposo,
y en la vida ni aun es dichoso
quien tiene grande el corazón! (M.55)

Amargura, muerte, desilusión: los tres soportes espirituales de la poesía de Fernando González. Y aquí hay que pensar, otra vez, en la constitución íntima del alma del poeta, en una innata propensión al pesimismo, en una tendencia instintiva a soñar desilusiones y sentir las como doloridas vivencias autobiográficas. El poeta canta el dolor desde una edad en que los mozos malgastan la alegría; canta la muerte desde una edad en que es la vida la que triunfa; canta desilusiones desde una edad en que tiene ante sí un futuro de promesas. A los 18 años, la vida del poeta es ya:

un camino tortuoso sin rosas de esperanza,
con un silencio que habla al corazón de muerte. (M.84)

Cuando parte de Las Palmas, con horizontes de luz ante los ojos, por un momento parece que el optimismo va a impulsar aquella juventud de fuego:

¡En la proa, mis sueños son velas de esperanza!

Pero, en seguida, casi al verso siguiente, la esperanza se ha marchitado en la tumba de su pensamiento:

... Mi frente
es cuna y sepultura de anhelos e ilusiones. (H.24)

*Y a los 22 años, apenas llegado a Madrid, su voz
es ya la voz de un viejo:*

La carne se deshace
y la noche es eterna.

.....
Cuando llegues a mí
seré polvo en el polvo de la tierra. (M.143)

*Y el poeta seguirá su vida, prematuramente can-
sado y triste, cantando con bíblico acento sus desen-
gaños.*

Desengaño de las lisonjas:

¡No quiero más que soledad y olvido!
¡Cansado estoy de halagos y rumores! (R.52)

Desengaño de los placeres:

Sabes que ya estoy pobre de sangre y de sonrisa,
porque cambié, un momento voluptuoso y sonoro,
por un deleite —humo— y por un beso —brisa—,
mi juventud de fuego y mi salud de oro? (M.85)

Desengaño de los amigos:

Ahora que está mi espíritu vencido,
todos, como a un conjuro, se han marchado... (P.16)

Y desengaño de la vida:

Y siento dentro de mí
que todo se me derrumba
y que en mis propios escombros
voy a tener sepultura. (O.23)

Sí; alguna vez sentirá el poeta que, de nuevo, podrá alzarse sobre sus escombros para reanudar el camino de la vida; pero ha de ser precisamente para seguir cargando las ilusiones muertas:

De nuevo surgiré de mis escombros
—llama del verso y ave de la vida—,
y otra vez llevaré sobre mis hombros
el muerto ser de mi ilusión vencida. (P.28)

Porque son vanas las esperanzas del poeta:

Hay una sierpe escondida
en medio de mi esperanza. (P.17)

Porque la vida es un perpetuo caminar

...con la muerte delante
y el olvido detrás. (P.54)

Porque su vida es, fatalmente, irremediamente,

amargura y dolor en el pasado;
en el futuro, hastío y desaliento... (O.16)

Y de aquí, su insistencia en el recuerdo del hogar paterno, su nostalgia de los primeros años, su recuerdo de los hermanos tristes, de los silencios angustiosos, de las lágrimas furtivas por los rincones de la casa, de los zapatos el día de Reyes, de la pobreza, de las despedidas, y de no sé qué extraños presentimientos, trémulos de ansias y de miedos:

Luego sentí temblar la casa toda
—hasta los viejos árboles temblaban— (M.77)

¡Cuánto debió influir todo esto en el alma del poeta! Fernando González llevó siempre, prendida en el alma, la amargura de aquellos años primeros:

Al nacer, la pobreza nos ató sus cadenas. (M.17)

...Eramos pobres,
y de niños teníamos zapatos
sólo para calzarlos los domingos. (R.26)

¿Quién dice que han puesto hiel
en las copas y en los platos? (M.45)

El destino le alejará de la casa paterna y pondrá por medio el mar, "ese camino que borró el camino". Pero el alma ha quedado allí, con una presencia casi física:

¡Y estará el alma en la casa
cuando esté el cuerpo más lejos...! (M.31)

Alma que vienes conmigo
y que en el pueblo te quedas. (R.8)

Y, como el corazón no tiene distancias, el poeta sabrá muy bien sintonizar las antenas del recuerdo:

He puesto el pensamiento camino de la casa. (H.15)

Y hacia la infancia, por un rayo de oro
de esta tarde, se va mi pensamiento. (M.36)

Y, con el recuerdo, las ansias del regreso:

Mientras más avanzaba en mi camino,
más pensaba en un próximo regreso. (M.11)

El regreso al hogar y el regreso a la isla:

¡Mi corazón conoce los caminos
que a ti me llevan y que en ti se hallan
—cuna redonda que el mar mece—, isla
de Gran Canaria... (P.21)

He abierto a la llanura mi ventana,
para que torne el alma de la isla,
para que vuelva hacia la isla el alma... (H.56)

¡Oh, los caminos del poeta! Los caminos que le llevan y le traen, que le alejan y le acercan. Los caminos del hogar, los caminos de la isla y los caminos de la vida, con luces y penumbras, con auroras y fracasos. Ningún concepto se repite tanto en la obra de Fernando González: Manantiales en la ruta, Versos del camino, La carretera blanca, El poeta regresa enfermo, Camino del pueblo nativo, El regreso a la casa, Canción del hermano viajero, El júbilo de tu llegada, La aldea de junto al camino, Perros del camino, Camino de los campos, Y he de llegar un día, El final de la ruta, Momento de partida, Primer viandante, Viajero por las sombras, Estación y camino, Caminante, Viajera inmóvil. La idea de "camino", real o metafórico, llena una gran parte de sus poemas. Apenas hay página en que, de una u otra forma, no aparezca el camino: "mi árido camino", "el viejo sendero", "el inmenso camino", los "caminos nuevos", "el camino encendido", "la luminosa senda", "los caminos hondos de mis sueños", "las sombras del camino", "el camino blanco", "el camino de flores", "el camino de la muerte", "los curvos

caminos pedregosos". *El destino del poeta es andar, andar:*

¡Pies míos, caminemos! ¡Yo soy todo
de camino y de campo! (R.10)

*Andar por los caminos reales de la vida, andar por
los senderos de la ilusión, o andar por un rayo de luz:*

Mi corazón hasta el sol
fue por la escala de un rayo. (M.38)

Y las estrellas de oro son caminos
por donde el alma va hacia Dios, abierta. (M.142)

*¡Y que corran libres, por todos los caminos, los
sueños del poeta!*

¡Déjalos salir al campo, que tienen sed de caminos!
(M.63)

*Aunque, de tanto andar, el poeta olvide hasta
los nombres de los caminos:*

Ya, de tanto caminar.
no sé decir un camino
que me haya visto pasar... (P.130)

*Andar, siempre andar. Porque hay algo más triste
que el cansancio: no tener ni siquiera camino para
cansarse:*

Yo me canso del camino...
Sin embargo, hay que pensar
qué amargo será el destino
del que no tiene camino
que andar... (M.91)

A pesar de su sencillez estudiada, el estilo de Fernando González es rico en comparaciones, metáforas, imágenes, símbolos. Unas veces son metáforas visuales, coloristas, aprendidas del modernismo:

Un sol de mediodía que se muere en las rosas. (M.49)

El sol hacía las acequias como
culebras infinitas plateadas. (M.77)

Sobre la mar se tiende la clámide del día. (M.107)

Otras veces son metáforas evocadoras, con temblor lírico en las alas:

...La ventana
está hablando con el campo. (M.39)

Con los ojos de mis días
me he puesto a mirar mis años. (M.37)

¡Y acaso algún lucero nos sorprenda
a media noche hablando con el viento...! (M.140)

Y tú volando por mi pensamiento
con las alas truncadas! (R.73)

*Unas veces son metáforas concisas, concentradas:
las sonrisas de la mujer amada son*

como flautas de caña con sabor de pomas. (M.70)

y los hombres:

Oleadas de ira con espumas de amor. (H.44)

*A veces tienen un esguince humorístico de gre-
guería:*

Ciprés agudo y alto:
paraguas cerrado. (P.25)

Río entre monte y mar:
cordón umbilical. (P.25)

Negro vestido de blanco
fósforo apagado. (P.26)

*Otras veces son imágenes corpóreas, plásticas,
táctiles:*

Me apoyé en la columna de tu sombra. (R.60)

...Mi pensamiento
es una hoguera que te hará cenizas
de tanto acariciarte con el fuego. (R.66)

La guerra
inició en nuestra casa la miseria,
pero mi padre, con sus fuertes brazos,
la echó a la calle y atrancó la puerta. (M.40)

*Unas veces las imágenes tienen fuerza telúrica,
cósmica:*

Tú serás una roca
donde se vayan a sentar los siglos. (R.81)

...en tu voluntad, el ritmo
de las arterias del mundo. (P.83)

En este petrificado
silencio de luz y trigo... (O.83)

¡Y era un rodar de siglos la sentencia que oía!... (H.22)

Y otras veces tienen un trágico escalofrío de cuchillos que cortan las sombras:

Aquella noche tan negra,
cuando el oscuro cortaron
mis manos, como cuchillos... (M.47)

Los días, como navajas,
me están dejando desnudo
el esqueleto del alma. (O.74)

La imagen de hilar o tejer es, acaso, con la imagen del camino y del caminar, la más frecuente en la poesía de Fernando González:

Tú hilabas cada día la rueca de tus penas. (M.17)

Hilando el copo blanco del lino de sus sueños. (M.18)

El alma está todavía
hilando copos de ensueño. (M.29)

Que ya acabó de hilar su lino de ilusiones. (M.122)

Madrid es:

rueca y lino puros
para
ir tejiendo ilusiones
y esperanzas. (R.15)

Junto a la hoguera viva que en mí ardía,
iba hilvanando una canción el agua. (R.75)

La araña de mis sueños teje su fino encaje
sobre la fuente amarga que mi corazón llora. (P.28)

El tiempo miro correr
destejiendo lo tejido
para volver a tejer. (P.132)

Si, además de la metáfora, quisiéramos resaltar otros artificios literarios de Fernando González, no podríamos omitir, porque constituyen un elemento valioso en la caracterización de un estilo, su tenacidad en el uso de la paradoja, la antítesis y el retruécano. Las paradojas de nuestro poeta se basan en las antinomias "ausencia — presencia", "soledad — compañía", "vida — muerte", "ilusión — fracaso".

Ausencia-presencia:

Me iré sin que me vaya de la tierra. (M.42)

Ausentes estás de mí y en mí te llevo. (R.67)

Poesía que estás en todas partes
sin estar, cual Dios mismo. (R.82)

Sé que estoy más ausente de tu ausencia. (P.78)

¡Tu tanta presencia en mí
me hará inmune a tu presencia! (13)

Alma que vienes conmigo
y que en el pueblo te quedas. (R.8)

Soledad - compañía:

Cuando se está solo en alma
no acompaña compañía. (O.47)

Al que su soledad misma
no le puede acompañar. (R.23)

Vida - muerte:

Amor que mata al amor
por salvarlo de la muerte. (P.51)

La pena que a mí me mata
y que no me va a matar. (P.103)

El llevar viva la muerte
en el hondón de la vida. (R.51)

Ilusión - fracaso:

Agua y más agua sin cesar bebía,
¡pero su sed de amor no se apagaba! (M.69)

Y cuanto más lo terrenal esquivo
más me aproximo a la prisión del suelo. (R.42)

Camino sin camino
de los deseos — sin lograr — logrados. (P.70)

La antítesis es otro de los recursos que Fernando González emplea más obstinadamente. Consignemos solamente algunos ejemplos en que los términos de la antítesis se enfrentan y contrapesan en dísticos de perfecta estructura paralelística:

Tú tienes plata en la cabeza, fuera;
yo tengo oro en la cabeza, dentro. (M.131)

Detrás, el alba de plata;
delante, el ocaso de oro. (P.50)

Memoria de tu vida son los días;
las noches, de tu muerte son recuerdos. (P.67)

Que no se sabe si viene,
que no se sabe si va. (O.84)

Las tuyas de gastar oro,
las mías de no gastar. (M.130)

La tuya de pensar poco
y la mía de pensar... (M.130)

Y estos otros, en que el poeta recurre a un doble plano, terrenal el uno (barro, árbol, cielo, polvo), y celeste y etéreo el otro (astro, ave, música y alas):

Y siendo barro duro, soñé ser astro y ave. (H.11)

Con la frente en los astros y los pies en el cielo.(H.22)

En la honda tierra sus raíces graves
y el claro pensamiento en lo infinito. (H.46)

Tienes cuerpo de roble y espíritu de ave. (R.41)

Tú no eres más que polvo con música y con alas. (P.29)

¡Pájaro: eres espuma, sueño, ilusión, aroma...!
El barro es desventura, fracaso, muerte, nada...! (P.29)

Menos frecuente es el empleo del retruécano, pero indica, una vez más, la tendencia de Fernando González a estos juegos y artificios de palabras y conceptos:

El cielo era como el mar
y el mar era como el cielo. (M.28)

Y así el mar fue poeta y el poeta fue Atlántico. (M.112)

Que da sombra a la luz y da luz a la sombra. (H.11)

El sueño duerme en nosotros
mientras estamos despiertos,
y nosotros nos dormimos
cuando se despierta el sueño. (O.73)

*Fernando prefiere la estrofa y la rima, pero no des-
deña las combinaciones libres ni el verso suelto. En los
versos de arte mayor prefiere la consonancia, y siem-
pre tiene, incluso en las combinaciones más irregulares,
un exquisito sentido del ritmo. Hace algunas conce-
siones a la rima en el interior del verso:*

Una canción amorosa,
temblorosa de ternura. (M.65)

El velero se me pierde
sigiloso, perezoso... (P.24)

La rosa milagrosa del recuerdo de un día. (M.30)

¡Oh campana aldeana y cristiana! (R.49)

*Algunas veces (para rimar o no), en el final de un
verso, escinde en dos partes el adverbio en "mente",
haciendo cabalgar el sufijo sobre el verso inmediato:*

No les falta a tus ojos, *infinita-
mente* profundos, claridad de aurora. (M.71)

Cuando me muera, quiero
morir mansa y *tranquila-
mente*, como si nunca... (M.129)

Mas, yo lo tengo condenado eterna-
mente a que no se mueva de este sitio... (H.120)

Pero su recurso más frecuente, en una búsqueda afortunada de elementos intensificadores, es la repetición de uno o más versos, a través de un mismo poema. En El tiempo apura (H.147) un mismo verso se repite 13 veces, con porfiada monotonía, en una sucesión de impulsos incitantes, que empujan al trabajo y a la acción. En Tierra adentro (H.145), el verso final de cada estrofa es, exactamente, el primero de la siguiente, lográndose, con el embisagramiento de las estrofas, un martilleo iterativo de los conceptos. En Las piedras de esta calle (R.26-28), la reiteración tiene una carga impresionante de nostalgias y evocaciones familiares, ordenadas en clímax:

Las piedras de esta calle
se sabían mi nombre de memoria...

Las piedras de esta calle
han sabido las páginas primeras
del libro de mi vida...

¡Las piedras de la calle en que nací
me han olvidado ya, de tanta ausencia!...

Las piedras de esta calle
ya no saben mi nombre de memoria,
porque mi madre no me llama ya...

*En Nupcias del aire y la estrella (O.52-53), la epí-
mone va poniendo un comentario exegético al símbolo
nupcial de cada estrofa:*

Como mi corazón cuando te alejas.

Como en mi corazón cuando te espera.

¡Como en mi corazón cuando regresas!

Y en Lamentaciones tempranas (R.37-39), la reiteración versal alcanza una incalculable fuerza potenciadora. El poema se compone de 14 estrofas paralelas, con un balanceo de contrarios que se repite 14 veces. Las 7 primeras comienzan, cada una, con una descarnada confesión de pequeñez:

¡Qué pequeño soy, Dios mío!...

en contraste con otros tantos lamentos de sueños fracasados:

¡Y yo que soñaba ser
como tú mismo!...

¡Y yo pensé que era el mar
juguete de mi capricho!...

¡Y yo creí que mis ojos
vieron todos los caminos!...

.....

Las 7 últimas estrofas, invertidos los términos, comienzan con un sueño no logrado de grandeza, que se repite también 7 veces:

¡Me creí grande, Dios mío!

*y terminan con otras tantas confesiones de humilde
pequeñez:*

¡Y mi ser es en el mundo
un suspiro!...

¡Y mi voz es tan pequeña
que no llega a otros oídos!...

¡Y adonde quiera que llego
soy un niño!...

*Y, al final, solo, exento, como síntesis de todo el
poema, el grito insistente y descarnado del primer ver-
so, cargado ahora de más intensa significancia, porque,
a lo largo del poema, se ha ido esponjando y enrique-
ciendo con el vigor acumulado de las 14 estrofas:*

¡Qué pequeño soy, Dios mío!...

*Y esta es la grandeza humana de Fernando Gon-
zález: su humildad.*

*Unas palabras finales para explicar la razón, o
razones, de esta Antología. El propósito de los inicia-
dores ha sido doble. Primeramente, poner al alcance
de los lectores de ahora una selección de la obra
poética de Fernando González, ya que, agotadas las
ediciones de sus libros, se va haciendo cada vez más
difícil el acceso a su lectura. En segundo lugar, rendir
un modesto homenaje a un poeta, tan hondamente
lírico, tan acentuadamente comunicativo, que, sin re-
nunciar a los valores estéticos, y tal vez también por*

eso mismo, ha logrado una obra entrañablemente humana, deliberadamente humana. Como en toda Antología, se corre el riesgo de que el criterio selectivo no se acomode enteramente al gusto de los actuales lectores. El antólogo no ha podido prescindir de que esta Antología quiere ser también, a su manera, un poco de historia de una larga trayectoria poética. Sin olvidar que el espacio disponible le ha impelido, no pocas veces, a muy dolorosas omisiones.

MANANTIALES EN LA RUTA

LA CARRETERA BLANCA

A Domingo Rivero.

CARRETERA blanca de mi pueblo. Lento
caminar del coche por sus curvaturas...
Carretera hecha para el sol y el viento
y para el olvido de mis amarguras.

Yo siempre que viajo voy en el pescante,
enfermo de sueños y misantropía,
con los ojos fijos en lo más distante,
buscando el camino del próximo día.

Y las horas pasan y el coche camina,
en el mar cercano bogan dos veleros,
el sol en los montes lejanos declina,
y mi alma vaga por otros senderos...

Esta carretera para mí es camino
hecho para el gusto de mi corazón,
al par que en lo ignoto soy un peregrino
que lleva en sus alas la imaginación.

El campo está lleno de árboles frutales,
entre sus ramajes se escucha una voz,
y las amapolas, entre los trigales,
parecen las huellas de un crimen feroz.

Ladran los mastines de viejos pastores,
y acoge mi alma sus fuertes ladridos,
que para su joven ternura son flores,
rumores de fuentes y cantos de nidos...

¡Casas de la orilla de la carretera
de techumbres rojas y puertas cerradas,
tenéis el cariño de mi alma viajera
oculto en el polvo de vuestras fachadas!

¿No hay una muchacha bella y ruborosa
que se asoma al marco de vuestras ventanas,
cuando es oro el cielo y es la tarde rosa,
y en los corazones hay son de campanas?

¿Qué viajero extraño la suerte ha tenido
de escuchar un canto tras esas vidrieras,
en cuyos cristales el polvo ha vencido
a todos los vientos de cien primaveras?

¿Qué sol, de qué día, de qué mes del año,
penetró hasta el fondo de estas casas viejas
que en silencio dicen historias de antaño
que aun saben sus largas techumbres bermejas?

...Los caballos trotan arrastrando el coche,
mis ojos se pierden en la lejanía,
los montes azules anuncian la noche
y en mi alma brota la melancolía.

¡Los árboles verdes se quejan al viento...
el mar oscurece su azul cristalino;
mi corazón tiembla, y mi pensamiento
recoge el encanto total del camino...!

EL POETA REGRESA ENFERMO

A Julián Torón.

¿DÓNDE dejé la salud
que traje ayer de mi pueblo?
Hacia la casa nativa
voy por el viejo sendero,

por donde ayer, fugitivo,
fui a buscar caminos nuevos...
Tenía dieciséis años;
era un pálido mancebo

que jugaba con los niños
y charlaba con los viejos...
Ya un amor muerto tenía
en lo más hondo del pecho...

Ya amaba, y de tanto amar
me iba muriendo en silencio...
Yo fui el mejor de la casa
—todos en casa eran buenos—,

y cuando hablaba, tenía
todo el corazón abierto...
La inmensa melancolía
que flota sobre mi pueblo,

la recogí y la encerré
en la prisión de mis versos.
Y así, por este motivo,
iba rimando en silencio

el dolor que otros sentían
en sus almas y en sus cuerpos.
— ¡Divina melancolía,
más grande que el pensamiento!

Mi corazón era un niño
y te dio asilo en su huerto;
él te enseñó a ti a ser niña,
tú le enseñaste a ser viejo...

Y en mis canciones había,
siempre, un extraño concierto
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Salí del pueblo nativo
buscando caminos nuevos...
Mi corazón iba limpio,
lleno de un júbilo inmenso,

soñando, soñando... ¡tanto
que aquel futuro es, hoy, sueño...!
La mañanita de junio
era de oro y de embeleso,

el cielo era como el mar
y el mar era como el cielo...
Yo era una gran mariposa
con alas de pensamientos.

Por el camino del hoy
iba al mañana directo...
“¡Mañana!” ¡Y era mi alma
un ruiseñor prisionero...!

Por el tortuoso camino
iba murmurando versos
de primavera rosada
y de otoño ceniciento...

Hoy vuelvo al solar nativo
por el antiguo sendero...
El alma está todavía
hilando copos de ensueño,

la ilusión es infinita
y el corazón más abierto...
¡Pero el dolor de la carne
me va consumiendo el cuerpo...!

Con el rostro demacrado
doy la sensación de un muerto...
Tengo los ojos hundidos,
como mirando hacia dentro;

los labios muy amarillos
y torpe el andar ligero...
Pero contra el cuerpo, que es
delicado y pasajero,

lo que es eterno culmina :
corazón y pensamiento...
Sobre el dolor de la carne,
que van mordiendo unos perros

desconocidos, el alma
se mueve mucho más lejos
que cuando por vez primera
fue a buscar caminos nuevos...

Los eucaliptus gigantes
y los verdes limoneros
pondrán una savia virgen
en las venas de mi cuerpo...

Mi cuerpo será una cárcel
para el dolor que ahora siento.
Y una mañana de abril,
llena de aromas y viento,

saldré del pueblo nativo
por el familiar sendero,
siendo todo corazón,
esperanza y pensamientos.

Habrá en la mañana azul
son de campanas y besos,
y cantar n las alondras
y yo ir  diciendo versos.

Y atrás quedará la casa
esperando mi regreso,
para tener alegría
y florecer de recuerdos...

 Y estar  el alma en la casa
cuando est  el cuerpo más lejos...!

PALABRAS DE MI PADRE

A mi hermano Víctor Manuel.

“**H**AY que ganar el pan de la familia de la mejor manera que se pueda”
—dijo mi padre anoche, cuando todos nos sentamos en torno de la mesa.

 Mi padre tiene una mirada grave
 y unos hilos de plata en la cabeza:
 todo el poema del que ha sostenido
 el peso del hogar, en esta guerra...

 Esta guerra, que a Europa inundó en sangre,
 inició en nuestra casa la miseria,
 pero mi padre, con sus fuertes brazos,
 la echó a la calle y atrancó la puerta...

 Y las palabras de mi padre han sido,
 para los siete hermanos, la sentencia
 definitiva; una sentencia breve
 que sirve de telón a una tragedia.

 Y el pensamiento de los tres hermanos
 mayores sale al amplio campo, en esta
 noche de nuestra vida y nuestro día,
 para buscar la luminosa senda...

Tras la muralla del presente, mi alma
quiere ver el mañana... ¡Una tristeza
cruza por el silencio de la estancia...!
Los tres hermanos más pequeños cenan...

Mi padre alza sus ojos pensativos
y a descansar los pone en mi cabeza...
¡Yo siempre fui el enfermo de la casa
y eso conmueve la piedad paterna!

“Me moriré mañana” —habrá pensado
mi padre en su meditación perpetua—,
“y quedará mi casa como un barco
que pierde al capitán en la tormenta...”

“¡Les abriré el camino de la vida!
La luz, aún clara, de mi inteligencia
alumbrará sus pasos.

Y mañana
me iré, sin que me vaya, de la tierra...!”

ELEGIA DE LOS LAURELES

A Luis Doreste.

LAURELES de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán;
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
el recuerdo sólo queda
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan.

Ayer, cuando yo era niño, bajo vuestra sombra grata
tuve un amoroso amparo para mis sueños primeros.
Bajo vosotros, al viento di la pueril serenata
que puso a mi alma en la ruta de los líricos senderos.

Por vuestro influjo mi alma fue toda ternura sana.
La savia de vuestros brazos tengo en mis venas, ardida.
¡Fuisteis la risa y el llanto de la olorosa mañana
de mi vida!

Erais el pasado vivo de cuatro generaciones
que a vuestra sombra aprendieron a amar, como amar
[debían;
y de vuestra reciedumbre nutrieron sus corazones
que ante vosotros, ya ancianos, como las rosas se
[abrían.

Vosotros el adiós último disteis a los que se fueron,
cuando la brisa agitaba vuestros penachos de gloria,
y coronásteis las frentes de los hijos que volvieron
con una estrella en la mano para clavarla en la
[Historia.

Todos supieron un día de vuestro amor de patriarcas
—cuando vagaron perdidos por caminos inseguros—
y ante el sagrado recuerdo volcaron las hondas arcas
que encerraban el tesoro de sus cariños más puros.

Erais la alegría máxima de la alameda florida.
Erais el orgullo nuestro y el honor de nuestra raza.
¡Cuando en la guerra del tiempo quedó la ciudad
[vencida,
erais un resto guerrero que custodiaba la plaza!

...Y esta mañana ha temblado la ciudad, súbita-
[mente...
¿Quién estremece las almas y al pueblo llena de es-
[panto?
El corazón, angustiado, una tragedia presente...
Hay un dolor que se mira en las pupilas sin llanto.

¡Son los laureles ilustres que el huracán ha vencido!
¡Están en tierra! ¡Sobre ellos el sol se deshace en oro!
¡Hasta la tierra parece quejarse en un vago ruido
y el propio viento en las ramas deja susurros de lloro!

Las campanas de la iglesia de San Juan lloran al viento;
los hondos valles devuelven, en un eco, su amargura...
El campo, sobrecogido, siente un estremecimiento
que de los árboles hace caer la fruta madura...

Ante los restos gloriosos hay un desfile de duelo.
Toda la gente ha venido, sollozando, esta mañana
a la plaza de San Juan, a contemplar en el suelo
¡a los que un día retaron a la estrella más lejana!

Mañana no quedará ni una sola rama vuestra,
¡abuelos, padres, hermanos, amigos y compañeros!
¡Hasta el último pedazo rajará el hacha siniestra!
¿Iréis, como otros patriarcas, a sentaros a la diestra
de Dios, por algún camino tembloroso de luceros?

Laureles de la alameda
rendidos a la violencia del indomable huracán,
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,
¡el recuerdo sólo queda
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan!



LA PRESENTIDA

SILENCIO... Esta mañana mi corazón te espera.
Vendrás a mí, no sé por qué extraño camino,
nimbado de oro y de azul de primavera,
con un manto en que el púrpura pone festón al lino.

El sol te anuncia... Dice tu claro nombre el viento.
La puerta de mi vida presente tu llegada.
Para escuchar tus pasos se detiene mi aliento
y la ansiedad prolonga la luz de la mirada...

Serás buena y serena como mi alma... Tus manos
sabrán curar las llagas de todos los humanos,
con su tacto sublime de bálsamo divino...

¡Para que te saluden en la mañana de oro,
yo he puesto cien campanas a orillas del camino
y en mi ventana el canto de un caracol sonoro...!

SED

”TENGO sed, tengo sed!” con voz transida
grité a la vida, mi Samaritana,
y en un ánfora, al par tosca y pulida,
agua me dio a beber de su fontana...

Tanto bebí del líquido sabroso
que el pecho me abrasé; de tal manera,
que por su raro influjo misterioso
lo que era sed se convirtió en hoguera...

Indagué la razón de tal castigo...
¡Nadie me contestó! Solo conmigo,
el corazón sus formas dilataba,

y en una interna vena que fluía,
agua y más agua sin cesar bebía,
¡pero la sed de amor no se apagaba!



LA ÚLTIMA NOCHE DEL NIÑO ENFERMO

A Josefina de la Torre.

TODA la noche la puerta abierta!
¿Alguien ha entrado, mi dulce hermano?
—Sólo la brisa salvó la puerta...
¡Sentí su roce sobre mi mano...!

—¿Nadie ha llamado por mí, hermanito?
—Nadie ha llamado, mi buena hermana.
Sólo vi un pájaro pequeñito
en el alféizar de la ventana...

—¿Y no sentiste, mi hermano puro,
inclinaciones de ir a cogerlo?
—La casa estaba tan en oscuro
que tuve miedo sólo de verlo...

—¿Nadie ha venido cantando amores?
—Nadie ha venido cantando, hermana.
¡Sólo unos perros madrugadores,
sentí ladrando por la solana...!

—¡Era la noche tan clara y bella!
—¡Ya en el espacio no hay luz alguna!
—¿Quién ha robado la última estrella?
—¡Era la estrella de mi fortuna!

—¡No tengas pena, mi dulce hermano!
¡Traerá la aurora tanta alegría!
—¡Sobre mi alma tiene su mano
puesta una sombra perenne y fría...!

En vano quiero lanzarme al viento...
Ser cual un ave de audaces alas...
Mas sólo vuela mi pensamiento...
—¿Por qué, hermanito, tal queja exhalas?

¡Por qué aún no viene la limpia aurora!
—¡De azul y oro vendrá vestida!
—¡Conté la noche hora por hora,
porque se hiciera mayor mi vida!

—Ahora en el alma tengo un lucero...
—¡Llena la casa de luz, hermana!
¡Que se ilumine todo el sendero!...
¿Quién me ha llamado tras la ventana?

¡Ya tengo miedo, y estoy contigo!
¡Atranca puertas y ventanales!
¡Que no se quede ningún postigo,
para que no entren los vendavales!

¡Llena de lumbre la casa oscura!
¿Dónde te escondes, hermana?... ¡Hermana!
¡Ay, que estoy solo con mi amargura
y están llamándome a la ventana...!

CANSANCIO

YO me canso del camino...
Sin embargo, hay que pensar
qué amargo será el destino
del que no tiene camino
que andar...

EN LA TRANSMUTACION DEL MAESTRO

Tomás Morales,
† 15 agosto 1921.

EN el regazo ardiente de la ciudad dormida,
cuando sobre las cumbres se iba a poner el sol,
*han quebrado las parcas la hilaza de una vida,
prestigio de los dioses, de las musas amor...*

Frente a la mar atlántica —bajel donde su gloria
ha de surcar las ondas de las Eternidades,
donde un rumor perenne conserva la memoria
del hijo primogénito de las Divinidades—,

¡murió el cantor egregio del Bosque y de la Mar!
¡Calló la voz solemne del rapsoda divino
que supo entre las redes del sueño aprisionar
el tesoro secreto del corazón marino!

¡Ante el dolor profundo calle la lengua humana!
—Nadie su voz levante frente a Alcides, dormido,
que cada nuevo día despertará mañana
por continuar el arduo trabajo suspendido...—

Mirad cómo las cumbres nos dicen su amargura,
mientras que sus entrañas conmueve un huracán,
y apenas riza el viento la comba azul llanura:
¡todos los elementos con nuestro duelo están!

Frente al vital fracaso la esperanza perdura...—
¡No ha muerto! Por un bosque de frescas rosas bellas,
cortejado de dioses, adentró su figura
nimbada de una intensa fulguración de estrellas.

Y en el silencio inmenso del paraje nocturno,
entre chafar de hojas y aromas de rosales,
pasan, desafiando las iras de Saturno,
con el poeta augusto, los dioses inmortales.

Se oyen sus claras voces vibrando entre el ramaje
de la amplia selva. Apolo comienza su cantar,
cuando el recinto invade, cual bárbaro homenaje,
la bronca sinfonía del júbilo del mar.

Pan a sus labios lleva la flauta cristalina,
su son llena los cuatro sentidos cardinales,
y hace temblar el alma pétrea de la colina
donde tienen su asiento los dioses patriarcales...

Y mientras Diana bella, mirando al dios, suspira,
Apolo, arrebatado de lírica bravura,
tañe, como un mancebo, la melodiosa lira,
¡tal, que se le creyera tocado de locura!

Viola su canto el virgen silencio del boscaje;
sobre los cuatro vientos la novedad pregona;
dice su voz: —Ha vuelto de su terreno viaje
el vástago heredero de mi imperial corona—.

De pronto, suenan voces de gente que camina
al centro de la selva; donde el gentil Cantor,
bajo la espesa fronda de milenaria encina,
tiene a la esquivia Diana prendida de su amor.

¡Son los dioses! Se acercan con temeroso paso.
—¿Por quién rompen —preguntan— la perennal
[quietud?
—¿Hay algún astro nuevo temblando en el Ocaso?
—¿Es un nuevo secreto de eterna juventud?

Todos indagan; todos ven al Desconocido
curiosamente; alguno, de un vago modo, evoca
en él la gentileza de un joven dios perdido,
que era alma de oceano y corazón de roca.

Y Apolo aclara: —Triunfo de mi anhelar doliente,
ha vuelto el hijo pródigo a los paternos lares
de su excursión audaz por tierras de Occidente,
sobre las jadeantes espaldas de los mares.

Yo le creí perdido; mas al Ocaso vino
teniendo una guirnalda de rosas en la mano,
¡fuerte!, y encadenada la gloria a su destino,
con el poder divino y el atletismo humano...

Por su retorno sea colmado de tributos,
frente a la mar que canta y al bosque que suspira,
y en tanto que se aportan los varios atributos,
yo coloco en sus manos la gloria de mi lira...—

Dice, y su voz domina todas las voluntades.
Cada uno el presente de su atributo apresta,
y hay en los rostros graves de las divinidades
un resplandor de llama y un júbilo de fiesta...

Marte el primero avanza; a sus bravas legiones
hace presentar armas ante el triunfal caudillo;
Eros trae un carcaj para los corazones,
y Vulcano su fragua, su yunque y su martillo.

Pomona porta un cesto de frutas olorosas;
Baco preside el cuadro de sus vendimiadores
que, CUBIERTAS CON PAMPANOS LAS PARTES
[PUDOROSAS,
muestran los prietos frutos de sus viñas mejores...

Ceres hace el presente de sus trigales de oro;
Minerva da la clave de su sabiduría,
Mercurio trae la bolsa que guarda su tesoro,
y Momo la sonrisa de su eterna alegría.

¿Y Diana? ¡Nada ofrece! Absorta y distraída
en la contemplación del Bardo, deleitosa,
no habla, hasta que Apolo, con elocuencia ardida,
la mueve a que formule su oferta... Presurosa,

Diana reclama el cuerpo del joven dios humano:
siente su carne inquieta de comezón lasciva,
y ella, que es vencedora de Zeus soberano,
tiene el alma en el gesto del rapsoda cautiva.

Todos los ojos miran, extáticos, a Diana;
que al dios, en un acceso de voluptuosidad,
frenética y desnuda, ¡tal como una manzana
quiere entregarle el fruto de su virginidad!

Tal, cuando de la parte del mar, Venus asoma
anunciada por suaves tonadas de sirenas,
que mientras ella asciende por la ondulada loma,
tienden sus rosadas carnes en las arenas.

Los dioses se contemplan estupefactos: clama
Diana la posesión viril del dios mancebo,
y se abraza a su cuerpo cuando Venus le llama,
y él adelanta el paso, a un desposorio nuevo...

La confusión se adueña del concurso divino.
Venus y Diana luchan... Y EN MEDIO, EL DIOS;
[SERENO...

Helios a rodar echa su carro matutino,
y Eolo a sus violentos vientos desata el freno.

En la playa, Neptuno sobre su esquife espera;
sirenas y tritones forman alegoría;
y, mientras en la selva la lucha persevera,
como un fastuoso manto que todo lo envolviera,
sobre la mar se tiende la clámide del Día...

EL MUELLE VIEJO

A Francisco de Armas.

EL sol sobre las cumbres bermellón y oro amasa...
El cielo azul enciende su vespéral lucero...
Rozando las paredes de las tabernas pasa
la figura romántica de Domingo Rivero...

El muelle viejo tiene para toda esta gente
que ya acabó de hilar su lino de ilusiones,
calor de hogar... De niños vieron partir a oriente
las olímpicas velas de las embarcaciones.

Aquí Tomás Morales sintió su Mar, un día,
mientras entre unos viejos alguna historia oía,
con la mirada fija sobre la mar azul;

creyéndose, en un rapto lírico de poeta,
*"el capitán noruego del bergantín goleta
que zarpó una mañana con rumbo a Liverpool..."*

LOS CAMPESINOS

ESTOS son, alma mía,
los hombres que asistieron al entierro
de aquella pobre enferma que tenía
mi corazón vagando por sus sueños!

Sobre sus recios hombros
le hicieron el camino verdadero...

¡Bien saben que mañana
otros le harán igual camino a ellos!

DINERO

DINERO que yo no tengo,
dinero que tú tendrás;
ensueños que yo poseo
y que tú no poseerás.

Un día nos moriremos,
nos llevarán a enterrar:
serán las fosas iguales
y la tierra será igual.

Se harán cenizas tus manos,
las mías también se harán:
las tuyas de gastar oro,
las mías de no gastar...

Será polvo tu cabeza,
la mía polvo será:
la tuya de pensar poco
y la mía de pensar...

MENDIGO

A José Hernández Amador.

MENDIGO que me sales al camino
y me alargas la mano
para que yo confirme tu pobreza,
¡Dios te dé mejor suerte cada día!
Yo tengo juventud, yo tengo sueños
de oro. El mar es mi camino. Amo
las rosas frescas y las noches claras.
El alma mía es fuente de ternuras,
mi corazón maestro de bondades.
¿Es algo de esto lo que tú me pides?
¡Porque no tengo cobre, no lo tuve,
ni lo tendré jamás!

¡Mendigo anciano,
tu mano prolongada hacia mí es una
ironía formal! Somos iguales:
tú tienes plata en la cabeza, fuera;
yo tengo oro en la cabeza, dentro.
¡Sólo nos falta el cobre! ¿Te sonríes?

PERROS DE LOS CAMINOS

A Agustín Doreste.

PERROS de los caminos,
hoy viene al campo vuestro amigo a veros.

El alma mía tiembla como un niño,
pero tiembla de amor y no de miedo.

¡Amigos míos, puros,
amigos verdaderos!
Si yo tuviera el corazón sano
lo pusiera a cantar en el sendero,
perros de los caminos de los campos
que saludáis, ladrando a los viajeros.
¡Viajeros de la tarde y de la noche,
peregrinos del sol y del misterio!

Perros de los caminos,
hoy vino al campo vuestro amigo a veros.

¡Vuestros ladridos esta tarde tienen
un ritmo de canción para mi ensueño!

ALIENTO

A Pedro Perdomo Acedo.

LA tempestad se rinde y la esperanza
surge de su derrota...
Hay que aguardar el alba
para apresar el águila caudal de la victoria.
El alma está, como unos ojos, fija
en la oportuna hora...
Espera y calla; el pensamiento clava
sobre las rocas bravas de la costa,
y mira abajo, al mar:

Sobre la playa
revuelan las gaviotas...
¡Contra los arrecifes de la noche
lucha la nave blanca de la aurora!

EL PENSAMIENTO SOBRE EL MAR

SOBRE el mar esta noche
se ha perdido, soñando, el pensamiento.
¿Ha perdido su ruta
o ha encontrado el camino verdadero?

Su retorno a la playa
lo anunciarán el mar y los luceros,
con un silencio hondo
y un derramar de lumbre por los cielos;
o habrá borrasca sobre el agua, y sombra
y sombra... y sombra, en el espacio inmenso.
¡Según la buena o mala
nueva que traiga al alma en su regreso!

TODO

MAS todo, hermana mía,
será para nosotros como un sueño.
Se perderán los árboles de oro,
y hurtará Dios al sol los claros fuegos
para encender las lámparas astrales,
y se hundirá en la niebla el pensamiento...

¡Y acaso algún lucero nos sorprenda
a media noche hablando con el viento!...

Y HE DE LLEGAR UN DIA

Y he de llegar un día
hasta tu hogar, pidiéndote posada...
¡Yo, que te he dado el cobre que posees
para evitar la ruina de tu casa!

¡Bien sé que en el camino de mi vida
algún ladrón ha de robarme el alma!

ANFORA

MI alma es esta noche
un ánfora de sueños y de estrellas.

Hasta el final de toda ambición mía
cada sueño me lleva,
y las estrellas de oro son caminos
por donde el alma va hacia Dios, abierta.

LA CARNE SE DESHACE

LA carne se deshace
y la noche es eterna.
Tú llegas al umbral en busca mía ;
yo voy buscando a mi alma en las tinieblas.
Cuando llegues a mí,
seré polvo en el polvo de la tierra.

Cuando yo llegue al alma que me guía
será una sola noche sin estrellas...

EL FINAL DE LA RUTA

AQUÍ empieza la noche, aquí acaba la ruta...
¡Detente, caminante;
que interrogué tu alma la tiniebla absoluta
que se extiende delante
de ti!

¿Sabes tú dónde su límite termina?
¿No ves cómo, abrazando la pavorosa entraña,
hay una sombra enorme que sobre ti se inclina,
en cuya diestra mano sin formas se ilumina,
como una media luna siniestra, una guadaña?

¿Vuelves los ojos? Mira:
todo de nieblas densas tu alrededor se llena...
¿No oyes en los silencios un alma que suspira
porque le han libertado de la vital cadena?
¡Querer retroceder es en vano! La ruta
la han desaparecido los rudos temporales...
Se han cerrado las puertas de piedra de la gruta
e intentar salir de ella será inútil empeño...
¡Sólo un remedio puedes hallar para tus males! :
¡Beberte el acre vino de tus viñas carnales
y entregarte a la Nada todo embriaguez o sueño...!

HOGUERAS EN LA MONTAÑA

LAS PALABRAS DEL VIEJO

A Enrique Sánchez Suárez.

”SI eres justo, dirán que eres malo —me dijo el viejo que viandaba conmigo—; si eres bueno te llamarán cobarde... Y así hay que vivir, hijo, con la frente en los astros y los pies en el cieno...

¡Es la maldad del mundo! Mas, sobre la hora amarga, sé lo que debes ser y lo que siempre has sido; la vida es un suspiro y es la ruta muy larga, y, antes que eternidad, la existencia es olvido...

Más que al rencor maligno, teme al amor perfecto —navío desvelado por un ignoto efecto—, porque el amor confunde la zarza y el rosal...”

Calló el viejo... La tarde declinaba... Se abrió mi corazón al campo. Y en mis labios había un dulzor empañado por un aire de sal...

¡Y era un rodar de siglos la sentencia que oía!...

MOMENTO DE PARTIDA

A Adolfo Febles Mora.

LAS doce. Claro día de mayo. El mar, activo por la gracia del sol —gallardo mozo—, aguarda impaciente la carga sobre su lomo esquivo, que comience su viaje la nave, que ya tarda

en partir... —¡Tú me llevas, vieja nave insegura, a un lugar por el que mi áurea ilusión renace!
¡Puente de mi pasado a mi vida futura, si en ti un contento muere, una alegría nace!...

Mañana, nave antigua, sé llama en mi memoria vaga... Como una madre, en mi recuerdo impera, pues abres una nueva etapa de mi historia robándome al regazo de la natal ribera...

...Tráfico a bordo. El puerto tranquilo muestra vida plena, cual el navío hacia el azul se lanza, cual figura de un viejo retablo desprendida...
¡En la proa, mis sueños son velas de esperanza!

Navega. El mar, añil. Todo oro el sol. Mi frente es cuna y sepultura de anhelos e ilusiones...
A medida que el barco camina hacia el oriente, siento cómo a la brisa se ensanchan mis pulmones.

Neófito viajero, miro la lejanía
enternecido: el muelle y los montes lejanos
me dicen adiós con igual melancolía
que los adioses de esos sombreros y esas manos...

Entre dos horizontes, creo que el barco se hunde
cual en un pozo... ¡y flota! ¿O me hundo yo, viajero,
en mi pequeñez —sombra que todo lo confunde—,
hoy que sobre el mar busco mi rumbo verdadero?

Ya el puerto, en la distancia, es una sombra vaga,
una quimera errante, un sueño que se esfuma...
¡Junto a la negra costa mi corazón naufraga
y hacia la isla vuelve convertido en espuma!...

De lejos aún percibo la tierra, en el letargo
del mediodía...

—¡Adiós los rumores del puerto!

¡Adiós!—

El viento sopla, como un suspiro largo...
Y la ceñuda angustia produce un sueño amargo
que rinde, y que no deja dormir ni estar despierto!...

AL POETA VICENTE BOADA

DICE el tiempo, Vicente, que todo lo termina
con esa acción profunda que su silencio expresa;
que da y quita a las almas la juventud divina,
y que somos las víctimas de nuestra misma presa...

Pero en la mocedad no angustia el tiempo duro:
y el alma virgen, plena de inaugural amor,
va del yermo de Séneca al jardín de Epicuro,
cultivando la tierra y aspirando la flor...

Nada importa, un momento, la inquietud del mañana;
no se piensa, a la aurora, en la noche sin luz...
Perdió Adán el Edén por gustar la manzana...
Jesús, en el pesebre, no pensaba en la cruz...

A la hora presente no hablaré del futuro;
el recuerdo me lleva por las rutas de ayer;
yo soy débil y niño, y el paraje está oscuro;
tu amistad sea el fulgor que en la sombra haga ver...

Hoy que ha vuelto a juntarnos el arbitrio del sino
en un cerro distante de la orilla del mar
Atlántico —camino que nos borró el camino—,
nuestro afecto perenne pondere mi cantar...

Que, a pesar de flaquezas por mi parte, un fraterno
yugo, puesto a las almas, siempre unía a los dos:
yo, cansado, y tú, erguido como un árbol eterno,
¡porque estás poseído de la gracia de Dios!...

La creencia ferviente fue mano en tu camino
—agua de San Juan y sabia predicación de Pablo—,
mientras, loco de duda, vacila mi destino
frente a la cruz de Cristo y a los cuernos del diablo...

Pero hay algo tan grande como Dios y tan puro,
en que son nuestras almas dos rutas paralelas,
dos magas tenedoras de un divino conjuro,
dos jinetes audaces con penachos y espuelas...

¡Es el arte —“el supremo vencedor”—, la poesía!
amasijo de astros con la sangre del sol,
luz de llama invisible más potente que el día,
de lo humano y divino portentoso crisol...

Mas tu voz no es el agua que se encrespa en las peñas,
ni el rumor de las selvas que agita el huracán;
tu verso es manso y limpio; miras al mundo y sueñas...
Eres bueno. Yo hago mi hostia de tu pan...

Tu canto del silencio del agrio sur proviene
—dulce temblor encima de eriales y de prados—.
Y cuando, temblorosa, hasta mí llega, tiene
tu íntima voz el fuego de los predestinados...

Cantas los secos campos de tu niñez tranquila,
la voz de los pastores, los ásperos jayanes;
la paz que amó Virgilio, bordada por la esquila
de una oveja..., la esterilidad de los afanes...

Celebras los instantes de placidez amiga,
ante la casa antigua de los abuelos sanos,
y el alma tuya, limpia de pena y de fatiga,
tiembla de amor, en medio de los niños hermanos...

¡Y el amor! Y la casta doncella preferida,
esa que no ha llegado todavía a tus manos,
pero que tú has cantado con esplendor de vida,
junto a las sombras vagas de los momentos vanos...

(¡Oh, mujeres agriadas por todos los desvíos,
corazones que vienen, en la estela lunar,
de rincones de niebla, con los gestos sombríos,
a endulzar su amargura en las sales del mar!...)

Y los hombres —navíos de un océano eterno—,
y la vida —manzana de epiceno sabor—;
son dos alas de arcángel en un cuerpo de infierno,
oleadas de ira con espumas de amor!...

Dios, a esta hora, habrá alzado sus doseles de bruma
sobre el Nublo, merlón de la isla natal;
dirá el mar a las rocas ditirambos de espuma,
y habrá el puerto cerrado su puerta universal...

Mi alma se va a esa roca bien amada del mar,
donde pasaron nuestros primeros años puros,
donde aprendimos —viendo las olas— a soñar
en la prosperidad de los días futuros! ...

CONTERA

Venza tu canto al tiempo que todo lo termina;
al que te hiera, dale tu cántaro de miel;
que la emoción emane de tu profunda mina;
que te adoren los astros y te ilustre el laurel...

¡Tiende, altivo y sereno, hacia el alba tu paso!
¡Sé un guerrero del mundo con las alas de un ave
—¡conjunción ideal de centauro y Pegaso!—
que logre detener al sol en el ocaso
—¡Josué o Dios!— aunque todo con el tiempo se
[acabe! ...

¿Todo lo acaba el tiempo? Dame la mano, amigo;
mi corazón te acoge con emoción fraterna,
y mi alma —monja triste— se asoma a su postigo
para mostrarte el árbol de la amistad eterna! ...

ANTONIO MACHADO

Dos ojos que avizoran y un ceño que medita

ANTONIO MACHADO

SUS solitarias galerías puebla
de músicas, recuerdos y cantares,
él, que duda de Dios y entre la niebla,
busca al que anduvo a pie sobre los mares...

No es de marfil su torre, es de granito,
—en la honda tierra sus raíces graves
y el claro pensamiento en lo infinito—.
Hermano es de las flores y las aves.

¡Bondad recoge el sembrador de bienes!
Mas no corten laurel para sus sienes,
nada en su honor la voz del vulgo clame,

que él es silencio, soledad, camino...
Y el día que la muerte lo reclame
se irá, monologando, como vino...

ORILLAS DEL RIO

A Max Aub.

POR la orilla del río
van tres doncellas,
en las aguas del río
buscando estrellas...

Mi corazón sombrío
se va tras ellas,
en las aguas del río
cazando estrellas...

¡Qué doncellas, Dios mío,
estas doncellas,
que en las aguas del río
buscan estrellas!

¡Nunca los ojos míos
vieron más bellas
doncellas, en los ríos,
que estas doncellas!...

Por la orilla del río
son tres estrellas;
mi corazón sombrío
se alumbra de ellas...

¡Oh, Señor mío,
quién fuera ahora una orilla
del claro del río!...

CORAZON TEMBLOROSO

TODAS las horas de mi vida
está mi corazón, por ti, temblando.
Te amo, sombra elegida,
con un hondo perfecto amor humano
que ahora comienza y que ha de ser eterno...

Rosario: Sin embargo,
sólo cuando me duele la vida
sé cuánto de veras te amo!

COMPAÑERA FUTURA

SERÁS la compañera de mis días
futuros y tranquilos...
La lumbre de mi hogar serán tus ojos,
y el pan de cada día, tu cariño...

Tus manos traerán un bravo aliento
para mi corazón desfallecido...

Cómo a un Lázaro nuevo
—renovación de la piedad de Cristo—,
hará tu voz resucitar mi alma,
que es un cadáver roto en el camino...

COMUNION EN EL ALBA

¡ENCENDERÁS la hoguera de mi espíritu
y su penacho alumbrará los cielos!

Tú llenarás mis ánforas vacías
con el licor divino de tus sueños...
Juntos los dos, en algún alba pura,
el líquido sagrado apuraremos,

con el amor con que esta aurora amante
se va tragando, a sorbos, los luceros...



HABLA EL MANANTIAL

A Enrique de Leguina.

MAR, soy un manantial que a ti me llego
casi temiendo que mi amor rechaces...
Sé que es más fuerte cualquier ola tuya
que todo mi caudal, ¡pero no importa!...
Yo traigo aromas de lejanos valles
en las flores que arrastro; en mi hondo espejo
se han mirado las mozas campesinas
de ojos de fuego y de mejillas sanas...
En mis orillas, los pastores niños
apacientan sus bíblicos rebaños
al son de los silvestres caramillos...
No tengo en mi ribera
las grandes rocas que tu orgullo exaltan;
son de arena mis márgenes; de arenas
propicias al halago de mis aguas,
que apenas hasta ellas me aproximo
se pierden en mis ondas,
como soñando en un lugar lejano...

Los árboles del monte
y las aves sedientas de la umbría
hacen música y cantan a mi paso,
como si agradecieran el cariño
con que yo les entrego mi frescura...

Soy humilde y tranquilo;
no tengo fama ni sonoro nombre
que en ti me valgan para que me aceptes,
¡oh, gran mar, tan potente y descontento
de tu propio dominio! ¡Mar cautivo
de tu propio poder! ¡Mar amargado!...
¡Acéptame en tu seno; no como ola
—que es demasiado honor a mi pobreza—,
sí para hundirme en las arenas finas
de tus playas de oro y endulzarlas! ...

Las montañas natales
me impulsan hacia ti, y a ti me llego
con esa mansedumbre que he aprendido
de los prados que alegran mis riberas...
Sé que es menor toda la fuerza mía
que el aliento inicial de una ola tuya,
¡pero puedo mostrar poder!: El monte
me hace camino... Soy, si manso, fuerte...
Así me llego humildemente a ti,
casi temiendo que mi amor rechaces...

CANCION DE AMOR PASAJERO

DEJÉ en la mano de Laura
mi corazón,
y el aura
se lo llevó...

Era un amor pasajero
mi amor,
y ella era pasajera
de permanente traición...

Cuando en la mano tenía
la joya de mi pasión,
estaba brillando, rojo,
el sol...

Un día cerró la mano
y en polvo me convirtió
el ingenuo
corazón.

Luego aventó las cenizas...
¡y el viento se las llevó!...
Y ahora vivo sin Laura
ni corazón...

DESPEDIDA

TE dije adiós... ¿Tú dijiste
adiós?... ¡No dijiste nada!...
—¡Era el instante tan triste!—
¡Me despidió tu mirada!

Al marcharme, dolorida
lloraste; ¡lloraste tanto,
que yo pensé si mi vida
naufragaría en tu llanto!

Y en el cuenco de mi mano
tus lágrimas recogí...
¡Frente al sol y al oceano
llorando me las bebí!...

¡Tú me besaste la mano!...

TIERRA ADEENTRO

DE la orilla del mar traigo
mi canción para tus labios...
Yo la traje
para que tú la cantaras
por los caminos del valle...

Por los caminos del valle
te la oirán los caminantes...
Junto al río y bajo el sol,
cuando cantes, has de ser
ola, espuma y caracol.

Ola, espuma y caracol
la armonía de tu voz...
Campesina: de tus labios
¡brotará el mar hecho música
sobre las piedras del campo!

Sobre las piedras del campo
irá tu acento rodando
como una ola en el mar;
tu cuerpo será la espuma
y el caracol tu cantar...

¡Espuma de canto y campo,
deja que te dé mi mano
—mi mano es mi corazón,
mi corazón es el mar—,
antes que te oigan cantar
por el campo, mi canción!...

EL TIEMPO APURA

A Félix Marrero.

AMIGO mío: el tiempo apura.
La juventud se va a acabar,
y la obra hecha es insegura...
Amigo mío: el tiempo apura;
hay que ponerse a trabajar...

Amigo mío: el tiempo apura.
Yo estoy inquieto como el mar
y está la carretera oscura...
Amigo mío: el tiempo apura;
la juventud se va a acabar...

Amigo mío: el tiempo apura.
Pasó la hora de vagar,
y la labor el triunfo augura...
Amigo mío: el tiempo apura;
yo estoy inquieto como el mar...

Amigo mío: el tiempo apura.
La rueda no podré parar
de este instrumento de tortura...
Amigo mío: el tiempo apura;
pasó la hora de vagar...

Amigo mío: el tiempo apura.
La vida se nos va a pasar
en sueños y literatura...
Amigo mío: el tiempo apura;

Amigo mío: el tiempo apura.
La muerte pronto ha de llegar...
Amigo mío: ¡qué amargura
morir sin obra que dejar
a la perpetuación futura!...

Amigo mío: el tiempo apura,
y hay que ponerse a trabajar...

EL RELOJ SIN HORAS

PRIMER VIAJE

¡AHORA sí que vamos, alma,
camino de una tierra nueva!

Dame la mano, hermanita
pequeña,
que estás vestida de viaje,
siempre asomada a la puerta,
soñando llegar un día
a las ciudades que sueñas!

Dame la mano, que ahora
nuestra mirada contenta,
va a ver el agua corriendo
por otras tierras...

¡Hay que despedir al pueblo
con el adiós de una hoguera!...
Como es invierno, alma mía,
y está húmeda la leña,
hazte tú misma una llama
eterna!...

En el camino, mis plantas
dejarán sus huellas...

Alma que vienes conmigo
y que en el pueblo te quedas,
que ardiendo estés todavía
cuando yo vuelva,
junto al portal de la casa,
¡pero que nadie te vea!

¡Sí! Que hoy nos vamos camino
de una tierra nueva...

Hemos de caminar mucho...
¡El horizonte es de niebla!

¡Dame la mano, hermanita
pequeña!...

LABOR HASTA EL REPOSO

A Federico García Lorca.

CUANDO llegue al final de mi camino,
nada diré... Estrecharé en silencio
las manos que llevaron mi caballo
del cabestro;
me sentaré a la puerta de la casa
sobre la piedra grande... Por el cielo
haré vagar la yunta de mis ojos...
Amaré mucho, sin mostrar el fuego
sino en la hora oportuna...
A media noche sembraré los yermos,
para que todos tengan pan un día...
¡Encenderé una hoguera en el sendero
del caserío oscuro!...

Y desde entonces
podré pensar en conciliar el sueño,
¡un sueño manso, en el que no hay respiro
y en él único lecho duradero!...

CONSEJO

A Eugenio Montes.

NUNCA desandes el camino andado
por un leve cansancio, pasajero!
La tierra es dura y la ilusión nos lleva
adelante, por ella. El retroceso
fuera apagar la lumbre que nos guía,
para, al fin, no saber el rumbo cierto.

¡No desmayes, amigo caminante!
Oye el consejo mío:

“Caminemos
sin cesar, que algún día
a dónde deseamos llegaremos...!”

OTRO CONSEJO

A Francisco Luis Bernárdez.

CUANDO empieces un viaje,
no midan tus miradas el sendero
que comienza a tus pies!

Ve caminando
con los ojos clavados en el cielo
y creyendo llegar a cada instante...
¡No conoce distancias el deseo!

DESPUES DEL ANGELUS

A Pedro Garfias.

ESTÁN
sobre el cadáver del día,
los crespones de la noche
y responsos de luceros.

Las crestas de las montañas
son candelabros, y en ellos
se consumieron los cirios
de este funeral constante.

Y nadie sabe en qué tierra
se pudrirán los despojos
del día...

En la vasta hoguera eterna,
el día es toda la llama
y la noche la ceniza...

Sobre el cadáver del día,
como el beso de las horas
—sus hijas desmelenadas—,
coloco mi pensamiento...

¿Es mortal esta envoltura
que nunca se descompone?

¡Alguien me ha dicho al oído!:
—El día no muere nunca,
se inicia y termina siempre
en las pupilas humanas...

LA NOCHE EN VELA

A Manuel de Terán.

NO me dormiré en la orilla
que puede arrastrarme el agua...
Pasaré en vela la noche
hasta que llegue mi barca...

No sé si le diré adiós
al mundo de mis espaldas,
o partiré sonriendo
en busca de otra mañana.

Sé que dejaré mis huellas
sobre la arena mojada;
acaso un alma vendrá
a borrarlas con sus lágrimas.

Yo me alejaré en la noche
por el río que no acaba...
Ya estará mi corazón
purificado de ansias...

Las luces de la ribera
le harán señas a mi alma:
me pondré a contar estrellas
para evitar la celada...

¡Cuando acabe de contar
será el principio del alba:
el sol mostrará la ruta
en el ébano del agua!

¡Y en vela estaré en la noche
hasta que llegue la barca
en que he de cruzar el río
del término que no acaba!



TARDE

YO estaba pensativo,
viendo las llamas del ocaso de oro,
las montañas azules
y el cielo gris de plomo...

Mi alma era el espejo en que escondía
la tarde —en un reflejo— su tesoro.
¡Ante la maravilla de su gracia
era mi corazón un niño loco...!

No estaba el pensamiento donde estaba
el cuerpo...

Ella, de pronto,
abalanzó sus brazos a mi cuello...
¡Y hubo en el aire un ondular sonoro...!

LAS PIEDRAS DE ESTA CALLE

A Antonio Marichalar.

LAS piedras de esta calle
se sabían mi nombre de memoria,
de tanto que mi madre me llamaba
en los años primeros,
cuando yo de la casa me salía
sembrando la inquietud dentro de casa...

¡Cómo corrí, descalzo, por las piedras
de mi calle natal! —Eramos pobres,
y de niños teníamos zapatos
sólo para calzarlos los domingos—.

Las piedras de esta calle
han sabido las páginas primeras
del libro de mi vida; las perdidas
páginas que yo nunca leeré,
donde acaso decía: "...nació el niño
en el cuatro de enero... Fue en el año
1901..."

Tal vez más adelante... "y habló el niño;
dijo: papá, mamá, pan, agua, leche..."
Donde se añadiría:... "empezó a andar..."
Y de este modo constarían todos
los infantiles acontecimientos...

¡Las piedras de la calle en que nací
me han olvidado ya, de tanta ausencia!
Ellas amaron a un muchacho imberbe
de rostro enjuto y de mirar sombrío,
que partió de mi casa una mañana
siendo ya un hombrecito —quince eneros—
y al que mi madre despidió llorando
cuando comenzó a andar el coche de horas
que a una mayor ciudad se lo llevaba...

Y este yo que está aquí ya no es el mismo.
En la afeitada faz se me señala
la barba moza y el bigote oscuro.
Es más recia la voz y la sonrisa
tiene más gravedad, y las palabras
una mayor firmeza y un acento
de tierras o de mares
que estas piedras jamás han conocido...

Y hasta el nombre, de tanto
rodar de boca en boca, no es el mismo
nombre con que mi madre me llamaba
en los primeros años de mi vida...

Las piedras de esta calle
ya no saben mi nombre de memoria,
porque mi madre no me llama ya
en alta voz, como antes, sino que
dentro de casa, y en voz baja, dice:
“Fernando...”

Y sabe ya que no me pierdo
en las pequeñas calles de mi barrio,
¡pues ahora llego, sobre el mar, del mundo!

ENCARGO LIRICO

A Francisco de Armas Medina.

TÚ que de Canarias vienes,
tú que a Canarias te vas,
dale recuerdos al campo
y afectos puros al mar.

Di a los caminos del sur
que no los puedo olvidar;
¡mi corazón fue por ellos
dejando su mocedad!...

Mira, si el campo está verde,
¡lanza sobre él un cantar!
¡Dile que yo se lo envió
del otro lado del mar!...

EN ESPERA

A Luis Buñuel.

SIENTO cómo mi espíritu se escombra
con angustia sutil... ¿Por qué, Dios mío,
tiembla mi corazón ante la sombra
que en mí proyecta la claror del río...?

¿Será, tal vez, Señor, que la corriente
me enseña más en su fugaz huída
—yo te miro en el agua frente a frente—
que el libro más profundo de la vida...?

En la murmuración de la floresta
oiré surgir tu voz: “Ya está dispuesta
la barca. Deja el mundo de la mano

y sujeta tus brazos a los remos,
que en mitad de esta noche nos iremos
en busca del incógnito oceano...”

CARACOL

CARACOL sonrosado,
¡qué bien me sueñas
cuando el labio te toca!
¡qué bien me sueñas!

Vienes virgen de canto
desde mi tierra...
Rumor de playa traes
y sal y arena,
caracol que has venido
desde mi tierra...

Cuando te toco,
mi alma se va en esencia
por tu sonido
—¡manos que a mí te enviaron!—,
en busca de ella...

LAMENTACIONES TEMPRANAS

A Melchor Fernández Almagro.

¡QUÉ pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo que soñaba ser
como tú mismo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y soñé el mundo en mi mano
cautivo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y en mi corazón vi el pozo
del universo cariño...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
Y yo pensé que era el mar
juguete de mi capricho...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo creí que mis ojos
vieron todos los caminos...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Y yo escuché en mi voz todo
el humano imperativo...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!
¡Qué adondequiera que voy
soy un niño...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y no llego a comprender
el poder que hay en ti mismo!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi ser es en el mundo
un suspiro...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi corazón no es más
que una gota de rocío...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y el mar jugó con mi cuerpo
a su arbitrio!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y aún no he movido los pies
del mismo sitio...!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y mi voz es tan pequeña
que no llega a otros oídos!

¡Me creí grande, Dios mío!
¡Y adondequiera que llego
soy un niño...!

¡Qué pequeño soy, Dios mío!

DERRUMBAMIENTO

A José María Chacón y Calvo.

¡ENTRE la multitud del mundo vivo
atormentado de ambición de cielo,
y cuanto más lo terrenal esquivo
más me aproximo a la prisión del suelo!

¡Ave sin alas, rosa sin aroma
que va hacia Dios, pero que Dios no alcanza,
yo siento que mi alma se desploma
en un derrumbamiento de esperanza!

¡Sin rebelarme a Dios, como el Caído,
buscaré a mi dolor prados de olvido...!
¡Si me duermo, que nadie me despierte,

pues un limpio bajel meditativo,
me llevará sobre este río vivo
hacia los hondos mares de la muerte...!

LUCHA

¡D E nuevo estoy delante de ti, vida,
otra vez frente a ti y en ti y contigo,
de retorno a la lucha interrumpida,
teniéndote de aliado y enemigo...!

Me burlaba de ti porque creía,
estando en alta mar, que era mi nave
eterna y que en sus mástiles había
hecho su nido permanente el ave

que tiene gloria y bienestar por plumas...
¡Yo miraba tu costa muy lejana,
y sonreía cuando tus espumas

rompían en la quilla de mi hora...!
¡Pero mi corazón esta mañana,
solo, en tu orilla, desengaños llora...!

LLANTO Y SONRISA

¡NO puedo más, no puedo más, Dios mío!
¡Ya me has echado cargas en exceso!
¡Abre la puerta de mi pena al río
que se lo lleva todo sin regreso!

¡Cansado estoy! ¡A tu justicia acudo
y tu absoluta intervención imploro!
¿No ves? ¡Voy bajo el temporal, desnudo,
bebiéndome las lágrimas que lloro!

Voy por la vida extraño y dolorido,
sorbiento encono y aspirando olvido,
nutriendo duelo y engordando espanto...!

¡Mi propio sonreír, mi mal te avisa,
porque en cualquier instante mi sonrisa
tiene más amargura que mi llanto...!

ELOGIO A FEDERICO GARCÍA LORCA

YO miro en ti la juventud madura,
el árbol firme y la sazón del grano,
la ruta abierta a la más bella altura
y el fresco arroyo en la aridez del llano.

Andalucía en tus poemas llora
—única libertad de alma cautiva—,
mientras su mano maternal decora
tu nombre, roca eterna y piedra viva...

Y en tanto tú te embriagas de locura
musical o en raudales de hermosura
viertes al mundo lo que al sueño tomas,

mi devota amistad, firme y activa,
asciende en una llama admirativa
al alto ventanal donde te asomas...

1925

LA SOMBRA

¿ERES tú quien yo aguardo?
¡Todavía
no llegará la sombra que aún esperó...!

Pasarán muchos días, muchos días
—tal vez se sienta fatigado el tiempo—,
hasta que lleguen esos ojos puros
que yo en el fondo de mis sueños veo!...

HERIDO

COMO me hirió tan hondo
la luz profunda de tus ojos negros,
me apoyé en la columna de tu sombra,
desvanecido, ciego...

Y así, los labios míos, jadeantes,
una misma pregunta repitieron:
¿cómo unos ojos que hoy tan sólo he visto
han podido llegarme tan adentro?

SUPLICIO

A José Jurado Morales.

¡DÉJAME vivir con pena,
no me desconsueles más!

¡Para la rueda del sueño,
Señor, que me va a matar!

¡Qué dulce vida tenía;
y ahora, de tanto soñar,
siento que mi vida tiene
más amargura que el mar!

Señor: por tus llagas vivas,
secas de tanto sangrar,
ponle freno a mi destino
que te quiere superar...!

¡Para la rueda del sueño,
Señor, que me va a matar...!
Déjame vivir con pena,
no me desconsueles más...!

AMBICION.

A Juan Chabás.

CUANDO el camino era abrupto
sentí la ambición de andar,
y ahora que el camino es llano
me hastío de caminar.

¡Dame, Señor, un camino
voluble como la mar,
que tenga halagos de aromas
y asperezas de zarzal...!

¡Sólo así tendrá mi vida
perfecta conformidad...!

CONFORMIDAD

SEÑOR: Yo tengo una herida
que cada vez se abre más.
Aún no te he dicho: Señor,
yo me la quiero curar...

Si yo no tuviera tanta
serena conformidad,
y hubiera alzado mi grito
sobre el tumulto del mar,

hoy no me sintiera hundido
en mi propia soledad,
con el pensamiento seco
y el corazón sin caudal...

¡Señor: yo tengo una herida
que cada vez se abre más...!

PIEDRAS BLANCAS

A MI MADRE, EN EL REGRESO

¡MADRE! La voz más bella que de mis labios brota,
caricia en los cabellos del triste pensativo,
bandera enhiesta en medio de la total derrota
y luz clara en la lóbrega mazmorra del cautivo...

Fuente viva en mitad de mi desesperanza,
árbol eterno en medio de mi arenal de olvido:
hacia tu firme halago mi corazón avanza
por el sendero mismo que lo alejó del nido...

Vuelvo hacia ti sediento de tu palabra pura.
Vengo cansado. Arribo desde un país lejano.
Sé que aún está vacío mi puesto en tu ternura
y aún para mí conservas caricias en tu mano.

Cuando me allegue a ti con los brazos abiertos,
tú apretarás mi frente sobre tu seno blando,
y mis ojos —audaces por cielos descubiertos—
ante tus ojos dulces se cerrarán llorando...

Se inundará mi pecho de un infantil cariño;
te besaré la frente, te estrecharé las manos,
y tú me mirarás como cuando era niño
y era el único enfermo de todos los hermanos.

Luego, a la noche, todos sentados a la mesa,
mirarás a tus hijos, alegre y conmovida,
de un maternal orgullo —que es humildad— posesa,
y tendrá tu mirada la emoción de quien besa
lo amado, sobre el muelle postrero de la vida...

SERENIDAD

VOY de tu mano, dolor,
adonde ya no te sienta...
¡Tu tanta presencia en mí
me hará inmune a tu presencia!

Me dejo llevar de ti
—prisión y libertad nueva—,
dando tropiezos conmigo
a lo largo de la senda...

Yo siempre puedo decir
dondequiera que me encuentran:
“Vine cantando alegrías
y me voy llorando penas.”

Pero mis labios están
cansados de decir quejas,
de dar pesadumbre al mar
y hacer llorar las estrellas...

Tranquilo voy bajo el sol
y perdido en las tinieblas...
Ya está la flor sin aromas
y el colmenar sin abejas...

¡Que no te alejes de mí,
mano crispada o serena
que me conduces, llorando,
sin saber dónde me llevas...!

Hay en tus labios sonrisas,
dolor; tu mirada negra
tiene un halago amoroso
de mar que lame la arena...

¡Voy de tu mano, dolor,
adonde ya no te sienta,
dando tropiezos conmigo
a lo largo de la senda;

y, como vienes en mí,
el alma contigo juega,
mientras la mirada fija
descubre en el cielo estrellas...

TIERRA LEJANA

A Dámaso Alonso.

LEJOS están los campos que primero
sintieron mis pisadas
por los curvos caminos pedregosos
que a los profundos valles me llevaban...
¡Caminos de los campos, elegidos
para vagar con la mujer amada!
¡Tierra húmeda y verde
de bienaventuranza,
ahora has de estar henchida
de luz y agua...!

¡Mi corazón conoce los caminos
que a ti me llevan y que en ti se hallan
—cuna redonda que el mar mece—, isla
de Gran Canaria...!

¿Lejos estás?

¡Cual en un claro espejo
te miro yo en el fondo de mi alma...!

VELERO

A Rafael Alberti.

LLÉVATE mi pensamiento,
velero que vas al mar,
y líbrame del tormento
de pensar...
¡De pensar y de vivir,
velero que a la mar llevan
aguas del Guadalquivir...!

¡Camino del oceano
va contigo mi emoción:
hacia mi puerto lejano
llévate mi corazón...!
Velas que hoy miro en el río,
¡tal vez os miren mañana
los ojos del amor mío...!

En un recodo armonioso
el velero se me pierde
sigiloso, perezoso...
¡para que yo lo recuerde...!
¡En este ocaso encendido
hay una paz sobre el agua
que me está hablando de olvido...!

Y hay en mi boca un cantar:
“¡Velero blanco y amigo,
quién fuera a verla, contigo,
al otro lado del mar...!”

BONDAD

A Enrique González Martínez.

DE nuevo surgiré de mis escombros
—llama del verso y ave de la vida—,
y otra vez llevaré sobre mis hombros
el muerto ser de la ilusión vencida.

Firme la planta y alta la cabeza,
seré ejemplar de ecuánime cordura,
¡y bueno!, porque sé que la belleza
surge del manantial de la ternura...

Y con afán de corazón y manos
amasaré bondad por los humanos;
y exclamaré, porque oigan los que pasen

junto a mi sombra y mi enseñanza vieren:
“¡Santificados los que bien me hacen!
¡Benditos sean los que mal me quieren!”

LA NOCHE NECESARIA

DAME la noche, Dios, eterna y vasta
cual tu poder y la amargura mía,
y no esta vaguedad de mujer casta
que se atormenta el sueño cada día.

¡La noche, donde mi dolor se gasta!
¡La noche inmensa, cóncava, sombría!
Sé que a mi corazón así le basta...
¡Cuando ella empiece, encontraré mi vía...!

Que sea densa, como tu palabra
que hizo la sombra y a la luz que nace
le da por cuna de cristal el cielo;

ella la puerta de mi cárcel abra,
¡que el constante pensar en ti me hace
más fuerte que la carga de mi duelo...!

RINCONES DE LLANTO

A Pedro Salinas.

YO tengo el alma llena de rincones de llanto
y los ojos cansados de esperanza sin tino...
En mis años de vida llevo sufrido tanto
que ya soy una sombra fría por el camino...

En la contemplación del interior paisaje
—en éxtasis activo—, dejo pasar mi hora:
la araña de mis sueños teje su fino encaje
sobre la fuente amarga que mi corazón llora...

Sé que es mi mano débil para apresar la vida;
pero, como hasta el triste sin esperanza espera
hallar la medicina que sanará su herida,
yo espero lo que amo, sentado en la ribera

del tiempo; con el tiempo, viajero en el camino
—¡luz de alegría indómita, tiniebla de quebranto!—,
con los ojos brillantes de esperanza sin tino
y el alma temblorosa de rincones de llanto...!

LA VISITA

A Emiliano Barral.

YA se acerca. Percibo su transparente paso...
La llamé, en vano, muchas veces, como el mendigo
que cargaba la leña... ¡Pero ya me hizo caso...!
¡Viene esta noche! ¡Al cabo me llevará consigo!

Quiero entreabrir las puertas. Siento que el alma flota
como un aroma, fuera de la corporal urna,
y que mi vida es fuente deshecha gota a gota
sobre la sombra indómita de la nave nocturna...

¡Adiós! Mis años fueron como un respiro leve
y mi voz la caricia de un pie sobre la nieve...
¡Si no sané una llaga, tampoco abrí una herida!

Aquí estoy ya, dispuesto... Saldré por la ventana.
Todos en torno duermen... ¡Al despertar, mañana,
les cubrirá la sombra del vuelo de mi vida...!

CANCIONCILLA DE AMOR FRAGANTE

NUNCA llegarás a donde
mi pensamiento te guía,
porque la ruta es muy larga
y tú despacio caminas...

¡Cada día,
al vuelo de tu deseo
se irá ensanchando tu vida!

Cuando tú no me acompañas
¡qué largo se hace el camino!
¡Y qué cortas las distancias
cuando tú vienes conmigo!

¡Amor mío,
hazte un aroma en el aire
que yo en la senda respiro...!

Aunque estás dentro de mí
yo no sé dónde te encuentras,
pues soy antípoda mío
en busca de tu presencia...

¡Compañera,
cuando estás lejos ¡tan dulce!
y esquiva cuando estás cerca!

¡No cantes yendo conmigo,
que puede pararse el viento,
y se plegarán las alas
del ave de mis deseos!

¡Campo abierto,
juntemos labios con labios,
pensamiento y pensamiento...!

Ocúltate entre las zarzas
y espera que yo te llame,
pues quiero ver por tu ausencia
melancólica la tarde...!

Pero... ¡sale,
que es mi corazón quien llena
de pesadumbres el aire...!

¡No quiero que me acompañes
por los caminos angostos,
ni que en el huerto te quedes
esperando mi retorno!

¡Los dos solos:
detrás, el alba de plata;
delante, el ocaso de oro!

¡Pon sobre mi corazón
jazmines de tu ventana,
e inclínate sobre mí
para aspirar su fragancia!

¡Con el alma,
cuando tú el jazmín aspire,
yo te besaré la cara...!

Te me has quedado dormida,
como una niña, en los brazos;
pongo mi boca en tu boca,
mis manos entre tus manos...
¡Sé que el campo
está cantando este idilio
con música del ocaso...!

¡Qué aroma tiene tu cuerpo
de carne fresca y de flores...!
¿Debo quitarte la vida
para que no me abandones...?
(Por el monte
vagan rumores de esquilas
y cantares de pastores).

MARIA DE LA LUZ

EN vida se llamó María de la Luz,
y como ya se ha muerto
deben llamarla ahora María de las Sombras.
¡Siempre María!

Creo

que vida y muerte son una hoja de álamo:
un lado blanco y otro negro...

¡María de la Luz o de las Sombras,
tú, como las estrellas y luceros,
te escondiste en el alba
para, a la noche, ensortijar el cielo
del hogar que dejaste,
por donde aun vaga, en mi ilusión, tu cuerpo...!

¡Memorias de tu vida son los días;
las noches, de tu muerte son recuerdos...!
Nunca estarás ausente,
pues sé que estás dispersa en los momentos
que me integran...

¡Tu luz guíe mis pasos
por la vida! ¡Tus sombras den amparo a mi sueño...!

¡Y que tú seas, cuando acabe el viaje,
la que me vaya a recibir al puerto!

VIAJERO POR LAS SOMBRAS

TE fuiste sin sentir cómo te ibas,
amado abuelo de las barbas blancas.

Para emprender el viaje por la noche
esperaste hasta el alba...

Las estrellas cubrieron tu camino
para que tú sobre ellas caminaras.

¡Oh, cuántas noches vieron las estrellas,
sobre la tierra parda,

esa silueta tuya,
tan decrepita y blanda!

¿No te has cansado ya de andar a solas
por esa carretera solitaria?

¿Habrás llegado al fin de ese camino
que no empieza ni acaba?

¿Es cierto que tu espíritu se acerca
todas las noches a besar mi alma?

¡Yo te he de ver alguna noche, en sueños,
vagando en las tinieblas de mi estancia,

y antes que te disuelvas en las sombras
prenderé el corazón de tu mirada,

y el ánfora sagrada de mis sueños
la volcaré a tus plantas!

Yo, mientras tanto, lloraré tu ausencia
con un correr de río que no acaba...



ELEGIA

A la memoria de Alejandro Arroyo.

ERAS árbol en el tiempo,
bello de savia y de fruto...

¡Había en tu corazón
hogueras del fuego único,
y en tu voluntad el ritmo
de las arterias del mundo!

¡Viniste lleno de luz
desde parajes oscuros...!
¡Tenías sed de regazo
y anhelo de halago músico...!

¡La tierra te dio los brazos,
mi corazón el arrullo...!
¡Qué bien dormirás ya el sueño
de todos y de ninguno...!

ESPUMA

EL amor no tiene más
consistencia que la espuma:
¡cuando empieza a ser, se va!

RIBERA

MI alma es una ribera
de donde todos se van
y a donde ninguno llega...

EMOCION

SI la emoción es sincera,
da eternidad al cantar;
la imagen es pasajera.

CIEGO

LLEVAME tú de la mano
que yo voy ciego contigo,
y aunque voy sobre tus pasos
no hallan mis pasos camino...
¡Llévame tú de la mano...!

OFRENDAS A LA NADA

A MI HIJO, DORMIDO

ACARICIADO por la luz escasa
tan deliciosamente te has dormido,
que la vida su aliento ha suspendido
como formando bóveda a la casa.

¿Qué paraísos mágicos rebasa
tu sueño ya?... ¿Qué música has oído?...
¿Qué pájaro te canta?... ¿Has sonreído
a un serafín que por tu sueño pasa?...

¡Goza tu sueño, que aún estás inerme
para la vida, mientras yo vigilo
junto a ti, como un dios bárbaro y tierno!

Entre tu sueño mi esperanza duerme :
Cuando me muera moriré tranquilo
porque la muerte y tú me haréis eterno.

A ROSARIO, MI MUJER

BALSAMO suave para mis dolores,
tibio regazo de mi desperezo,
tranquila paz en mi vital acezo
y manantial de todos mis amores!

¡Amada, toda amor! ¡Alentadores
tus besos son, cuando la lucha empiezo,
y los guijarros donde yo tropiezo
tu corazón me los convierte en flores!

¡Gracias, mujer! ¿Recuerdas aquel día?...
Mi alma estaba en la trágica agonía
en que a la muerte o al amor se invoca,

y, por no sé qué suerte de mi sino,
el fresco aliento de tu nombre vino
hasta los secos labios de mi boca!...

LA MUERTA JUVENTUD

A Eugenio de Nora.

NO volverá mi juventud! ¡Se ha ido
sin enterarme yo de cómo era!...

¡Túrdigas de mi carne de ahora diera
para volver al pasado que he perdido!

¡Sé que mi corazón, casi aterido,
fue brasa y llama de una viva hoguera,
y que el bosque de mi cabellera
a muchas ilusiones hizo nido!

¡No sé qué viento entró por las ventanas
y apagó el fuego!... ¿Quién sembró estas canas
sobre mi frente, sin abrir la puerta

que da sobre la noche del olvido?
¿No volverá mi juventud? ¿Se ha ido?
... ¡Sobre mis hombros va conmigo, muerta!

ARBOL VENCIDO

A Pedro de Lorenzo.

COMO un árbol enorme desgajado
por los embates bárbaros del viento,
sobre esta cima de mi edad, me siento,
con un inmenso abismo a cada lado :

Amargura y dolor, en el pasado ;
en el futuro, hastío y desaliento...
¡Mi alma impreca al lejano firmamento
por estas desventuras de mi estado!

Para los soles y las lluvias seco,
me voy quedando cada vez más hueco
en mi infinita soledad de altura.

¡Ya nada habrá que mi ilusión despierte!
¡Ya sólo aguardo que, una noche oscura,
me pulverice el rayo de la muerte!

ATRACCION DE LA MUERTE

A N. Sanz y Ruiz de la Peña.

DENTRO de un corazón fui sepultado
allá en la tierra de la infancia mía
y estuve allí mientras el tiempo hacía
polvo viscoso el corazón amado.

A una muerte en olvido destinado,
me empezaba a pudrir vivo, y, un día,
sin esperarlo ya, ¡con qué alegría
por otro corazón fui libertado!

Hoy, pisando la tierra, mi figura
quiere andar firme, mas la sepultura
tira de mí con atracción de sima.

Y si me veis andar tan agobiado,
no es por lo que el vivir me ha maltratado,
¡es porque llevo mucha tierra encima!

SIEMPRE A MI LADO

A Manuel Alonso Alcalde.

SIEMPRE a mi lado, y no es mi sombra. Siempre
sobre mis hombros su mirada dura,
junto a la huella de mi pie, su huella,
sobre mi alma, la suya.

Adonde miro, fríamente mira,
y, cuando beso, a mi besar se junta.
No sé quién es y lo supongo. Marcha
siempre a mi lado y sin hablarme nunca.

EN LA TRISTEZA DE LA NOCHE

A Arcadio Pardo.

Y A he llegado a ese momento
en que los sueños se enturbian
y el alma quiere volar
con muñones de alas trucas.

Mi corazón, a la noche,
“¿Por qué tiene —le pregunta—
el cielo tantas estrellas
y yo no tengo ninguna?”

Y la noche no contesta,
porque las noches son mudas
para quien ya tiene abierto
el silencio de su tumba.

Pero, más piadoso, el cielo
contesta llorando una
lágrima ardiente y eterna
que por sus mejillas cruza.

Y siento dentro de mí
que todo se me derrumba
y que en mis propios escombros
voy a tener sepultura.

Y temo que ya esté muerto
amortajado de angustia,
y venga a llevarme alguien
que ya en las sombras me busca...

Mas oigo que algo se acerca,
como una corriente oscura,
y pone sobre mi boca
los labios de su ternura.

La vida llega hasta mí,
con légamo y con espuma,
y adopta formas de un ser
que mi corazón ausculta.

Y oye en la noche mi alma
—para la tristeza, lúcida—
quejas que van por el aire
de otras almas sin fortuna.

—¡Almas, yo os oigo y os amo
—grito en la noche profunda—,
pero lo que es a mi alma
no la escucha nadie nunca!

LA MAÑANA DORMIDA

A Luis López Anglada.

ESTÁ, bajo este sol fuerte,
tan dormida la mañana
que, porque no se despierte,
voy a cerrar mi ventana.

Y correré las cortinas
porque finjan a mi ensueño
como dos alas divinas
que custodiarán su sueño.

Plácidamente dormida,
en mí tal encanto vierte
que diera a gusto mi vida
si hallara en ella la muerte.

¡Morir bajo el sol, un día
tan bello ¡quién lo tuviera!
y no entre una niebla fría,
como la muerte me espera!

Presiento que es el destino
final para mis dolores
un solitario camino
sin pájaros y sin flores.

¡ Vivir es una delicia,
y en esta hermosa mañana
siento que Dios me acaricia
con su mano más humana!

¡ Mañana tibia y fragante
frente a mi ilusión abierta,
que no será ya mi amante
cuando se encuentre despierta!

Cerraré sin hacer ruido,
cuidando que, en mi emoción,
no la despierte el latido
de mi propio corazón.

EN EL CERRO DE MI OCASO

A Tomás Cerviá.

EN el cerro de mi ocaso,
como una amante ofendida
porque nunca le hice caso,
me está increpando la vida.

Y mi alma, en su sentir justa,
es igual, ante el reproche,
que el río que no se asusta
de las sombras de la noche.

¿Qué culpa me cabe a mí
de que, en mi poca ventura,
haya llegado hasta aquí
sin gozarle su hermosura?

¿Por qué no ha sido mi sino
distinto de cómo fue?
Yo no elegí mi camino
ni quien me lo eligió sé.

En mi corazón había
tal primavera de amor
que daba, a quien me lo hería,
su aroma como una flor,

aunque una pena tenía
que, asomándose a mi cara,
si alguna vez sonreía
era como si llorara.

¿Por qué ensalzar la belleza
de lo que quedó detrás,
si no me quita tristeza
sino me acongoja más?

Mi alma en mí se fortifica;
ya no peso el juicio ajeno
ni cuando me perjudica
ni cuando quiere ser bueno.

Tan poco en el mundo fío,
solo en mi pena y mi duelo,
que es el desconsuelo mío
sustancia de mi consuelo.

En esta serenidad
de tristeza contenida,
¿qué es lo que infunde a mi vida
su trágica majestad?

¿Por qué designio inhumano,
teniendo un alma tan pura,
en donde ponga la mano
hallo la malaventura?

Pero en mi estado aflictivo
hay un mal que no me alcanza:
¡tengo una esperanza, y vivo
seguro de mi esperanza!

OTRO MUNDO

A Rafael Montesinos.

NO es este mundo de ahora
mejor que el que yo perdí,
ni es más hermosa esta aurora
que el ocaso que yo vi.

¡Había en pleno poniente
un fulgor de amanecida
proyectando en nuestra frente
la grandeza de la vida!

¡Había cielos de encanto
velando nuestros destinos!...
Y hoy somos almas de llanto
errando por los caminos...

¡Ay del que va por la vida
sin corazón que le guarde,
como una estrella perdida
en el cielo de la tarde!

¡Ay del corazón que llora
las venturas de otros días!...
¿Para quién nacen ahora
las humanas alegrías?...

Una abeja es cualquier pena
que, en su desorientación,
halla su propia colmena
dentro de mi corazón.

Aunque me están destruyendo,
es tan honda mi ternura
que va mi piedad creciendo
al ritmo de mi amargura.

Salvado de mis escombros
estoy viviendo al acaso
mientras sostengo en mis hombros
la grandeza de ese ocaso.

Nadie lo comprende, y voy
con tanta grandeza encima
que si soy ladera hoy
seré con el tiempo cima.

Hacia un destino lejano
me lleva tras sí un rumor
que tiene un sonido humano
pautado en tiempo de amor.

Y al conjuro de otros días,
de mis nostalgias al son,
las humanas alegrías,
aunque nunca serán mías,
llaman a mi corazón.

EN LA SOLEDAD DEL MUNDO

A José García Nieto.

¿POR qué sigo este camino,
si ya no me espera nadie?...

Siempre, al andar, iba a ver
algún amor... Y esta tarde
siento, de pronto, que el mundo
no tiene más habitante

que yo; que todas las cosas
no son igual que eran antes,
y que, si me quedan ojos,
ni siquiera llorar saben...

Ya no oigo más voz que el viento
muriéndose entre los árboles,
y si recibo caricias
son de las hojas que caen...

¡Todo está solo y perdido,
y mi alma, de mí se sale,
desangrándose de amor,
como si me abandonase!

Pero, si el mundo está solo,
y yo entre sus soledades,
¿por qué sigo este camino,
si ya no me espera nadie?...

NO VENGAS YA

¿VIENES?... Se inquieta el sueño con rumores de ayer. Te veo, al sol, en un camino entre eucaliptos, y hacia ti me inclino como se vuelven a la luz las flores.

No cantan ya los mismos ruisseños entre las arboledas de mi sino, y está pintado en negro mi destino de hoy, por más que en tu ilusión lo dores.

No vengas ya. Soy triste y estoy triste. Si arde mi chamarasca de esperanza, es una apoteosis de agonía.

No quieras recobrar lo que pusiste en mí. La vida hacia la muerte avanza, y ya no suelo ser lo que solía.

DESPOJO DEL TIEMPO

HA crecido en mis ojos el olvido
como una inmensa lumbre cegadora,
y no podré reconocerte ahora,
en despojo del tiempo convertido.

¿Quién eres, di? Comprendo que tú has sido
una de las alondras de mi aurora,
porque a mi rostro, que en tus ojos llora,
su antigua primavera le has traído.

Quiero situarte en el ayer lejano,
inútilmente. ¡Ven, y que tu mano
me libre del olvido con su fuego!

Soy leño seco yo para tu llama,
y aunque el olvido me ha dejado ciego,
aún hay en mí un rescoldo que te ama.

ABANDONADO DEL AMOR

¿DORMIDO yo?... ¿Despierto?... ¡No he sabido
cómo me embarcó Amor en su velero!
Sólo sé que en su cala, prisionero,
a este desierto islote me ha traído!

Al sentirme del sueño desprendido
por el frescor del aire marinero,
me miro en orfandad, y al mar inquiero...
¡y el mar susurra que el Amor se ha ido!

¡Aún veo trepidar los aparejos
de su navío! ¡Pero va tan lejos,
que es casi un sueño de mi fantasía!

¡Me abandonó, cruel en su mudanza,
y aquí me moriré, sin esperanza
de que vuelva jamás en busca mía!...

DESVENTURADO AMOR

DESVENTURADO amor fue el amor mío
cuando te quise! A tu capricho abierto
tuve —limpio de tábanos— mi huerto,
como a la luz, al aire y al rocío!

Yo me entregué, como a la mar el río,
a la insaciable sed de tu desierto...
Y ojos piadosos me encontraron muerto
—en las afueras de tu amor— de frío.

Y, sin embargo, ¡quién pudiera ahora
volver al tiempo aquél! Mas ya no es hora
de que el amor a un nuevo afán me cite...

Ya ¡ni el consuelo de los desengaños!,
porque esta nieve que cayó en mis años
sólo el sol de la muerte la derrite.

RESOL

MI corazón era una rosa abierta
al resol de una tarde sin fortuna,
con palidez de pétalos de luna
y un acre olor de primavera muerta.

Ahora, al calor de un nuevo abril, despierta
y, al despertar, una ilusión acuna:
quiere avanzar, y cae, sin fuerza alguna,
en los umbrales de su propia puerta.

¿No hay para su dolencia medicina?
¿Ha de morir sobre una estéril roca
de sed, teniendo el agua por vecina?

¡No te escapes, mujer, que ya te toca!
¡Dale, con tu esplendor, vida a esta ruina
y arrebatada su infierno con tu boca!

JINETE DEL RECUERDO

A Pedro Lezcano.

YO nunca tuve un caballo...
Pero en caballo iba a verla
a un tibio valle lejano.

Caballero por el campo,
¡qué mío mi corazón
sobre el alazán prestado!

¡Iba al amor, cabalgando
—jinete de mi deseo—,
por el amor traspasado!

Había en la senda pájaros,
sol en las cumbres sin nieve,
música en los regatos.

¡Venía en el aire cálido
una caricia perdida
que a mí me estaba buscando!

Y parecía, a mi paso,
que el mundo estuviera hecho
para verme ir a su lado.

Ella me estaba esperando...
¡Y eran de fuego las riendas
a la presión de mi mano!

... ¡Ay, han pasado los años!
Ya no es mío el corazón,
¡y qué mío aquel caballo!

¡En él a buscarla salgo
—jinete de mi recuerdo—,
por el ayer cabalgando!

A MIS PADRES, MUERTOS

NI árbol ni rosa, sino carne viva
expuesta al golpe del dolor humano;
no habéis pasado por el mundo en vano:
¡en él pusísteis mi alma sensitiva!

Ya os dio su paz la tierra, compasiva;
acaso Dios os alargó su mano
y os concedió, con gesto soberano,
una eterna virtud evolutiva...

¡Yo os invoco en la noche de mi suerte! :
Paso las manos por la frente mía,
que es carne vuestra renovada y fuerte,

y siento así, en mis horas de agonía,
que, a través de la tierra y de la muerte,
volvéis a acariciarme todavía...

CANCIONES SUBITAS

I

ES tan humana la rosa
que algo de sí misma da
a cualquiera que la toca.

II

El sueño duerme en nosotros
mientras estamos despiertos,
y nosotros nos dormimos
cuando se despierta el sueño.

III

Nunca pensé que podría
ser mi destino tener
el alma sedienta, y ver
eternamente vacía
la copa en que he de beber.

IV

Le he dado tu nombre al aire
de tanto como te llamo,
y ya no sé si es el aire
o eres tú lo que yo amo.

V

Mi boca no canta ya,
mi corazón no suspira...
¡Y ya no puedo llorar!

VI

Los días, como navajas,
me están dejando desnudo
el esqueleto del alma.

VII

Cuando yo canto mis penas
no canto sólo las mías;
canto también las ajenas.

VIII

Las nostalgias mías son,
no de ventura vivida
sino de muerta ilusión.

IX

Ya no soy como solía,
y en el corazón lo siento,
pero la culpa no es mía.

X

Tuve la memoria buena,
ya tengo mala memoria;
¡toda mi memoria es ella!

XI

Estoy llegando a la cima
de donde todo se ve,
pero a la que nadie mira.

XII

En la melancolía de esta hora
siento, sin saber cómo, que me ahoga
el llanto que no se llora.

XIII

¡Ya nada me da alegría,
porque se apagó la estrella
que en el corazón tenía!...

BELMONTE DE CAMPOS

A Teodosio Pastor Robles.

BELMONTE tiene un castillo
y una torre sin cigüeña...
En su contorno amarillo
dormita un pueblo y no sueña.

En tanta quietud sumida
está la tierra, que siento
que aquí sólo tienen vida
los perros locos del viento.

En este petrificado
silencio de luz y trigo,
¡quiero gritar que yo he amado,
que aún sueño!... ¡y no lo consigo!

Y pienso en el oceano
que ahora mis ojos no ven,
como en mi infancia, cercano:
yo soy de un pueblo lejano
a donde no se va en tren.

¡Es una tierra encendida
de sol, de aromas, de amores,
con tal prodigio de vida
que hasta los muertos dan flores!

A este recuerdo se aviva
mi alma, de tal manera
que, temiéndose cautiva,
se va hacia la carretera...

Mas la carretera tiene
tan compacta soledad,
que no se sabe si viene...
que no se sabe si va...

¡En el silencio absoluto
que oprime mi soledad,
aprendí que en un minuto
se puede encerrar el fruto
de toda una eternidad!

Hoy, cuando llegue el ocaso,
con toda mi angustia humana,
para ver si me hace caso,
le gritaré a la campana :

“¡Campana tímida, pon
tu voz de llanto en la senda
y dame consolación,
que hoy está mi corazón
para que nadie lo entienda!”.

Pero seguirá callada
en su torreón abierto,
¡y ya no encontraré nada
que me diga que no he muerto!

¡Y al mediar la noche oscura
se hará el silencio tan fuerte
que por toda la llanura
se oirán pasos de la Muerte!

ARROYO VALCORBA

ENTRE Tudela y Sardón
corre un arroyo, que corre
también por mi corazón.

CAMINO DE PEÑAFIEL

POR este valle del Duero
camino de Peñafiel,
pasado, ¡cómo te quiero!
Fuiste amargo y ya eres miel:
Esperaba... y ya no espero.

EN PEÑAFIEL

¡PARA amárgame este instante
no hay sobre la tierra hiel,
pues soy amado y amante
en Peñafiel del Infante
don Juan Manuel!

LA LUNA DE CASTILLA

LA luna de Castilla
brilla tan alta,
tan alta brilla
como una monedilla,
que a mí me falta.

AUSENCIAS

I

¿QUÉ fue de los ojos negros
que me han clavado en su luz
dentro de mi pensamiento?

II

Entré en tu antiguo aposento
y no encontrándote allí,
me puse a besar al viento
por si te besaba a ti.

EN TIERRA DE PINARES

A Francisco J. Martín Abril.

EN tierra de pinares
mi corazón desangra su resina
entre los viejos pinos tutelares,
blanca y amarga como sal marina,
porque yo soy un hijo de los mares.

Es inútil que el viento
finja rumor de olas en los pinos
simulando la mar en movimiento,
porque en mi corazón bramando siento
los auténticos ímpetus marinos.

El mar en su mudanza
es el eterno corazón del mundo,
que no hay vejez que hiera con su lanza;
la tierra, en su quietud, es un fecundo
vientre de lucha y de desesperanza.

Lejos del mar habito
por interiores tierras españolas,
deseando gritar, y hostil al grito,
con esta voz que es sola y para solas,
condensación fugaz de lo infinito.



Por parajes desiertos,
donde al silencio está el vivir cautivo,
con los sentidos al amor abiertos
voy entre muertos revolviendo muertos
para salvar lo que en lo muerto hay vivo.

Y aquí mi frente cana
hacia la tierra su altivez inclina
en oblación de sencillez humana,
y en su serena majestad hermana
la hermosa juventud, que está lejana,
y la decrepitud, que se avecina.

ÍNDICE

Prólogo	V
-------------------	---

MANANTIALES EN LA RUTA

La carretera blanca	39
El poeta regresa enfermo	42
Palabras de mi padre	47
Elegía de los laureles	49
La presentida	52
Sed	53
La última noche del niño enfermo	54
Cansancio	56
En la transmutación del Maestro	57
El muelle viejo	62
Los campesinos	63
Dinero	64
Mendigo	65
Perros de los caminos	66
Aliento	67
El pensamiento sobre el mar	68
Todo	69
Y he de llegar un día	70
Ánfora	71
La carne se deshace	72
El final de la ruta	73

HOGUERAS EN LA MONTAÑA.

Las palabras del viejo	77
Momento de partida	78
Al poeta Vicente Boada	80
Antonio Machado	84
Orillas del río	85
Corazón tembloroso	87
Compañera futura	88
Comunión en el alba	89
Habla el manantial	90
Canción de amor pasajero	92
Despedida	93
Tierra adentro	94
El tiempo apura	96

EL RELOJ SIN HORAS.

Primer viaje	101
Labor hasta el reposo	103
Consejo	104
Otro consejo	105
Después del Ángelus	106
La noche en vela	108
Tarde	110
Las piedras de esta calle	111
Encargo lírico	114
En espera	115
Caracol	116
Lamentaciones tempranas	117
Derrumbamiento	120
Lucha	121
Llanto y sonrisa	122
Elogio a Federico García Lorca	123
La sombra	124
Herido	125
La hoguera inextinguible	126
Suplicio	127

Ambición	128
Conformidad	129

PIEDRAS BLANCAS

A mi madre, en el regreso	133
Serenidad	135
Tierra lejana	137
Velero	138
Bondad	140
La noche necesaria	141
Rincones de llanto	142
La visita	143
Cancioncilla de amor fragante	144
María de la Luz	147
Viajero por las sombras	148
Elegía	150
Espuma	151
Ribera	152
Emoción	153
Ciego	154

OFRENDAS A LA NADA

A mi hijo, dormido	157
A Rosario, mi mujer	158
La muerta juventud	159
Árbol vencido	160
Atracción de la muerte	161
Siempre a mi lado	162
En la tristeza de la noche	163
La mañana dormida	165
En el cerro de mi ocaso	167
Otro mundo	170
En la soledad del mundo	172
No vengas ya	174
Despojo del tiempo	175
Abandonado del amor	176



Desventurado amor	177
Resol	178
Jinete del recuerdo	179
A mis padres, muertos	181
Canciones súbitas	182
Belmonte de Campos	185
Arroyo Valcorba	188
Camino de Peñafiel	189
En Peñafiel	190
La luna de Castilla	191
Ausencias	192
En tierra de pinares	193



ESTE LIBRO, CUYA EDICIÓN CONSTA
DE QUINIENTOS EJEMPLARES, SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE LITOGRAFÍA SAAVEDRA,
LA NAVAL, 225 Y 227
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
EL DÍA XXXI DE AGOSTO
DE MCMLXVI

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO INSULAR
DE GRAN CANARIA

Casa-Museo de Colón
Colón, 1. Las Palmas.

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (En prensa).
5. Juan Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (En prensa).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFÍA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: *Maura y Galdós*. (En prensa).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. Günther Kunkel: *Helechos cultivados*. (En prensa).
3. F. Estévez: *Flora canaria*. (En preparación).

V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: *Recuerdos de un noventón*. Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: *Romance de isla al paso de Cristóbal Colón*. (Publicado).

ULPGC. Biblioteca Universitaria



624237

BIG 860-1 GON poe